AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

7

ORIENTE



LOS PUEBLOS DEL MAR Y OTROS MOVIMIENTOS DE PUEBLOS A FINES DEL II MILENIO



ORIENTE

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

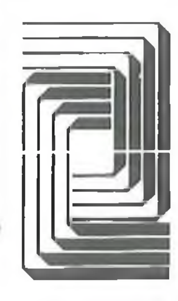
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M.4045-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-369-2 (Tomo VII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LOS PUEBLOS DEL MAR Y OTROS MOVIMIENTOS DE PUEBLOS A FINES DEL SEGUNDO MILENIO

Jaime Alvar



Indice

Introducción

El término «Pueblos del Mar» designa una compleja realidad, de perfiles tan borrosos que ocasiona una dificultad grave para su exposición y comprensión. Por ello, quizá fuera conveniente comenzar por delimitar el contenido del término y, a partir de ahí, intentar comprender su significado en la época histórica en que intervienen de forma protagonista.

En sentido amplio, entendemos bajo esa denominación el extenso movimiento de pueblos que tuvo lugar entre finales del siglo XIII y comienzos del XII a.C., cuyo efecto inmediato fue la desaparición del equilibrio político y de la estabilidad económica logrados en la región del Mediterráneo Oriental a lo largo del siglo XIII a.C.

Sin embargo, *sensu stricto*, la designación de «Pueblos del Mar» debería hacer referencia únicamente a los pueblos mencionados en los registros egipcios relacionados con las campañas de los faraones Mineptah y Ramsés III. Y esto es así porque la denominación de «Pueblos del Mar» procede precisamente de fuentes egipcias, aunque en ninguna de ellas aparecen con tal nombre. Este fue acuñado por Emmanuel de Rougé a mediados del siglo pasado para englobar a los distintos pueblos designados genéricamente por los textos egipcios como «procedentes de las islas de en medio del mar». El éxito del término acuñado por de Rougé es tan evidente como la confusión que ha generado.

En las páginas que siguen se irá tratando de determinar la configuración y procedencia de esos pueblos que llegan a atacar Egipto, las causas de su desplazamiento, las destrucciones que ocasionan, los lugares donde se asientan, etc. Pero mucho más elemental que todo ello es comprender que los denominados «Pueblos del Mar» no son más que un agente en el proceso de descomposición de las estructuras estatales del II Milenio y en la reorganización del mapa geopolítico mediterráneo característico de los quinientos primeros años del último milenio antes de nuestra era.

Por consiguiente, la importancia de este tema viene dada no tanto por lo que atañe estrictamente a los Pueblos del Mar, como por la claridad con que refleja el paso terriblemente traumático de la Edad del Bronce a la del Hierro en todo el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente. Como resume Waldbaum (1978, 67): «el período comenzó con las amplias destrucciones y migraciones que tuvieron lugar a finales del siglo XIII y el XII, concentradas en los movimientos de los denominados Pueblos del Mar y que culminan con el virtual aniquilamiento de todas las civilizaciones

importantes de la Edad del Bronce del Mediterráneo Oriental y la reorganización de poblaciones en numerosas áreas... Uno tras otro fueron cayendo los florecientes centros, los modelos diplomáticos y comerciales fueron interrumpidos y desmantelados. El carácter cosmopolita de la Edad del Bronce fue seguido por un período de creciente aislamiento, provincialismo y pobreza, del que emergieron las culturas de la Edad del Hierro.»

Este tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro, del II al I Milenio, de las estructuras de los grandes imperios a nuevas unidades políticas menores constituye una auténtica crisis cuya fecha simbólica está representada por el año 1200 a.C. Esta es la razón por la cual este período histórico recibe también con frecuencia el título de «Crisis del 1200», en el que naturalmente quedan englobados los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos perceptibles en la región desde la segunda mitad del siglo XIII y hasta bien entrado el XII a.C.

Como es lógico, la fecha del 1200 debe ser tomada en su sentido simbólico, del mismo modo que aceptamos el significado amplio del término Pueblos del Mar para referirnos a esta época de catástrofe generalizada.

I. Situación internacional

1. Marco general

No se puede comprender muy bien la crisis del 1200 sin conocer el panorama político de la amplia región afectada. En gran medida, muchos de los aspectos oscuros de esta crisis están motivados por una falta de percepción general del marco histórico en que se produce. Por este motivo quizá fuera conveniente presentar un marco general —aunque reincida en cuestiones tratadas con mayor profundidad en otros temas— y un marco específico que nos ponga en contacto con una realidad más cercana a la crisis, tanto desde el punto de vista geográfico como cronológico.

En torno a 1500 a.C., por dar una fecha redonda, comienza el Imperio Nuevo Egipcio, que va a retomar el interés del Imperio Medio por la política asiática. El objetivo es el control de ciudades estratégicamente situadas en los puntos neurálgicos de las rutas comerciales (Gaza, Meggido, Hazor, Damasco, Ugarit, Alepo, Karkemish, etc.), para asegurarse así el abastecimiento de materias primas o de lujosos productos manufacturados. Al mismo tiempo, la ocupación militar de los territorios permitiría una estrecha vigilancia destinada a

Distribución de cerámica micénica por el Mediterráneo oriental

impedir una invasión asiática de Egipto, como había sucedido un par de siglos antes con los hicsos.

Tutmés III es el máximo exponente del imperialismo egipcio por Asia de entre los faraones de la XVIII Dinastía. Por su parte, Ramsés II, el más grande de los faraones de la XIX Dinastía, manifestará de nuevo los intereses egipcios en Asia e intentará incluso mediante la fuerza restaurar el viejo prestigio de su estado en aquella región; pero sobre todo esto volveremos más adelante.

En Anatolia, también en torno a esa fecha cómoda del 1500 a.C., cristaliza el Imperio Hitita, la otra gran potencia —junto con Egipto— del Próximo Oriente durante la segunda mitad del II milenio. Hatti también estaba interesada en el control de la región sirio-palestina por razones similares a las que pudiera tener Egipto. Pero, además, el Imperio Hitita articula una serie de principados semiindependientes en la zona norte de Siria, con el fin de impedir una hipotética invasión en Hatti. Subiluliuma, Muwattali y Hattusil III son los grandes artífices del Imperio Hitita y, en consecuencia, los que determinan las características de las relaciones de Hatti con Egipto.

Por las mismas fechas, Mesopotamia se encuentra en un difícil balanceo entre la Babilonia casita y un Imperio Asirio que, a pesar de sus altibajos, se va configurando como una potencia militar. Tukulti-Ninurta I recogerá este fruto con tal agresividad que incluso será capaz de plantar cara al propio Imperio Hitita y por esa llaga comenzará a desangrarse —según veremos más adelante— el inestable equilibrio logrado a lo largo del siglo XIII a.C.

Finalmente, en el Egeo, hacia 1500 había tenido lugar la erupción del volcán de Tera, que provocó un auténtico colapso en el mundo minoico y no exclusivamente en Creta. Esa circunstancia es aprovechada por algunos de los todavía pequeños estados de Grecia Continental, que hacia 1450 a.C. se apoderan de los palacios cretenses. Comienza así la época de esplendor del mundo micénico, cultura egea contemporánea a los pueblos que acabo de mencionar. Las relaciones comerciales de los micénicos con el Próximo Oriente fueron intensas según se desprende de la distribución de la cerámica micénica tardía hallada en los principales yacimientos del Levante y que sirven de eficacísimo parámetro cronológico. Sin embargo, aún no estamos capacitados para explicar con exactitud cómo se realizaban esos contactos comerciales, lo que supone una pesada carencia para la satisfactoria reconstrucción de los acontecimientos ulteriores.

Estas cuatro grandes áreas —Anatolia, Egipto, Mesopotamia y el Egeo—, compuestas por estados de distintas características, son los grandes pilares en los que se sustenta la historia política, y también en gran medida cultural, del Próximo Oriente a lo largo de la segunda mitad del II milenio. Pero, al hablar de la distribución de la cerámica micénica, hacía alusión a su presencia en diferentes yacimientos del Levante. Esos yacimientos constituyen, en muchas ocasiones, los únicos testimonios que quedan de otros muchos estados o pueblos que tuvieron que sobrevivir a la sombra de los colosos contemporáneos. Naturalmente, estos pequeños estados se vieron también muy afectados por los acontecimientos ocurridos entre finales del siglo XIII y comienzos del XII a.C. Excepción hecha de Ugarit, nuestra información sobre ellos es prácticamente nula, por lo que resulta difícil determinar su participación en la intrahistoria del Próximo Oriente durante la etapa final del II milenio.

Sin embargo, este panorama internacional que trato de esbozar quedaría muy incompleto si no se hiciera una referencia a ellos. De hecho, los grandes estados a los que ya he hecho alu-

sión no son limítrofes (los únicos imperios fronterizos son el hitita y el asirio, que —a su vez— es vecino de Babilonia) y entre ellos había comunidades humanas de muy diversa índole que en ocasiones llegan a ser protagonistas de la historia política. Dirijámosles la atención —por consiguiente— unos instantes.

2. Marco específico

Si comenzamos por el mismo ámbito geográfico, convendría señalar que no hay coincidencia entre Anatolia y Hatti. En efecto, la península de Anatolia albergaba otras comunidades al margen del Imperio Hitita; es más, el territorio de Hatti nunca llegó hasta el litoral mediterráneo, de tal modo que al oeste y al suroeste siempre hubo unos estados semiindependientes que —sin duda— protegían a Hatti de los peligros del mar. Me parece obvio que si no se había producido integración de esos territorios es porque Hatti no estaba interesada en ello y no tanto por la capacidad de réplica, contestación u oposición de esos pequeños estados. Y la razón de tal actitud no es otra cosa que la incapacidad marítima de los hititas, quienes a pesar de tener una estirpe común con los micénicos, habían optado por una actitud diametralmente opuesta a la de éstos en relación al mar. Aquellos antiguos nómadas se habían asentado en el interior de una gran península, dándole la espalda al mar. Pero era lógico que una potencia internacional de su envergadura tuviese frecuentes contactos con el Mediterráneo y la solución fue el empleo sistemático de intermediarios, poblaciones costeras con tradición marinera, que resolvieran esa carencia del Imperio Hitita y, al tiempo, contuviesen los posibles ataques contra Anatolia procedentes del mar. Quizá por estos motivos estaba interesado el Imperio Hitita en conservar la integridad territorial de los estados que lo mantenían distanciado del mar. Entre ellos cabría destacar el país del río Sheha, Ashshuwa, Lukka y Arzawa, conocidos por las fuentes hititas y de dudosa localización (Mellaart, 1982; Singer, 1983; Güterbock, 1983). También hacia occidente se encuentra Millawanda, identificada por muchos autores como la Mileto clásica; aunque la ecuación es hipotética, en el asentamiento de Mileto se ha encontrado un emplazamiento anterior, de la Edad del Bronce, interpretado como un enclave comercial micénico en la costa occidental de Anatolia. Pero, la arqueología ha demostrado también la existencia de un importante yacimiento, en la colina de Hissarlik, comúnmente identificado con Troya. Aquí el problema reside en saber cómo denominaban los hititas a aquella ciudad. Cabe la posibilidad de que alguno de los nombres hititas antes mencionados corresponda a Troya (por ejemplo: Wilusha Ilion). Si lográsemos establecer una correcta ecuación en este sentido, podríamos comprender bastante mejor la geografía de la Anatolia occidental y, con ello, en gran medida la situación internacional inmediatamente anterior a la invasión de los Pueblos del Mar.

Tampoco podemos decir mucho más sobre la situación interna de estos pueblos y ello es tanto más lamentable por cuanto la gran crisis que vamos a estudiar es heredera directa de esa situación. En la imagen que tenemos de estos estados destaca —como suele ocurrir— el aparato militar; son comunidades con un ejército constantemente involucrado en operaciones de dispar importancia, pero siempre en relación más o menos directa con el gran imperio de Hatti (Barnett, 1975; Hoffner, 1982; Singer, 1983). En este sentido, su independencia es relativa; sin embargo, sus príncipes no son mencionados —en general— como vasallos de Hatti. Es más, incluso alguno de estos príncipes llega a recibir el título de Gran Rey en los archivos hititas, como por ejemplo el de

Ahhiyawa (Singer, 1983, 209). En cualquier caso, conviene insistir en el hecho de que la región debía de estar frecuentada por numerosos ejércitos personales, contingentes reducidos, pero capaces de provocar una situación de cierta inestabilidad. En resumidas cuentas podemos decir que estos pequeños estados, cuya existencia estriba en los intereses militares de Hatti, no cuentan con una razonable estabilidad económica, ni política, lo que impide un profundo enraizamiento de sus poblaciones. Tal es el occidente anatolio en vísperas de la crisis de los Pueblos del Mar.

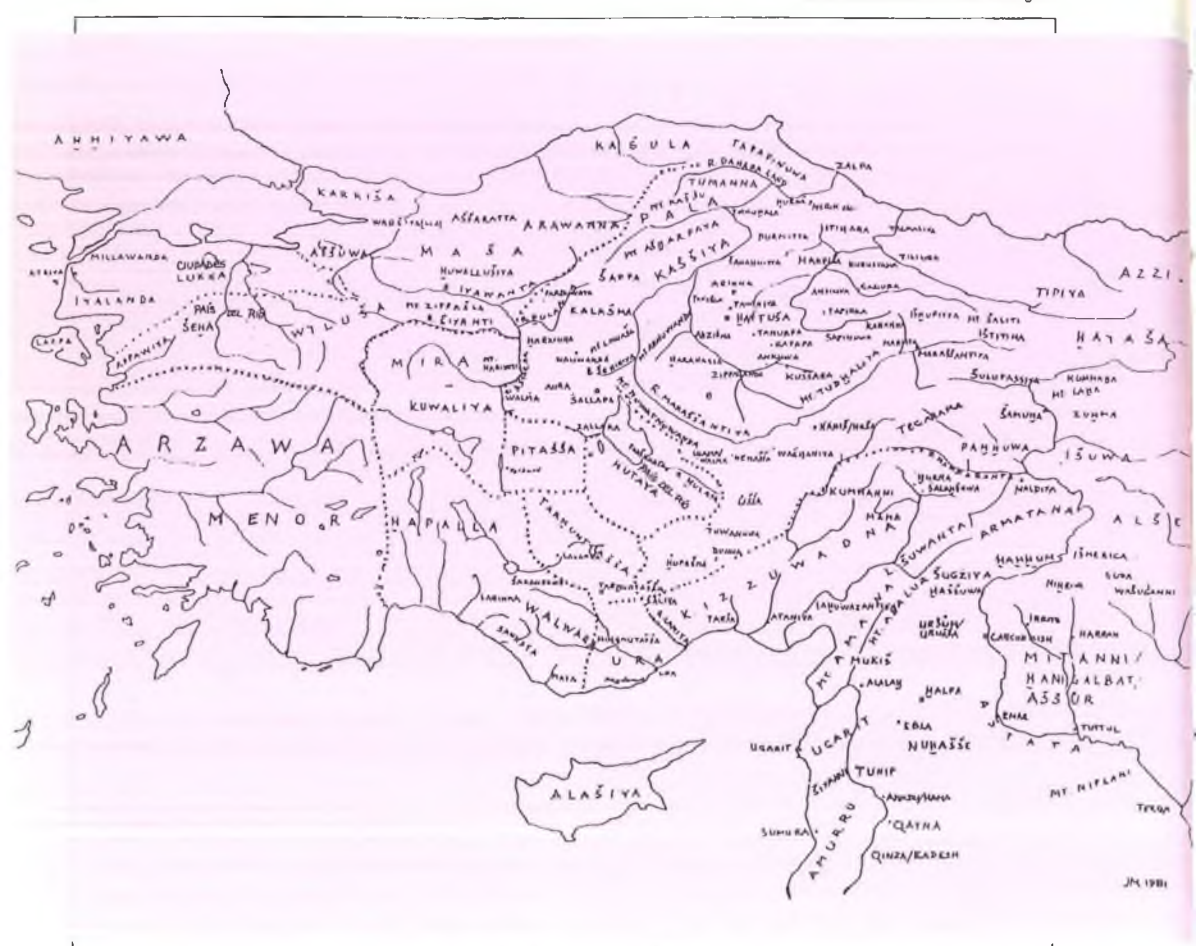
Más al sur, en la costa siria, estaba situado el importante reino de Ugarit. No era únicamente una ciudad, sino que controlaba un territorio de unos 2.000 km^2 (Saadé, 1979, 83) en el que se desarrollaban las actividades agrícolas. Y esto conviene recalcarlo, porque —al igual que ocurre con los fenicios— dada la importancia comercial de las ciudades cananeas marítimas, como Ugarit, se crea la falsa imagen de que todos sus habitantes estaban dedicados al sector artesanal o comercial, pero en todas las sociedades precapitalistas la agricultura constituye la actividad básica de su economía. Sin embargo, las fuentes antiguas no prestan tanta atención a este sector y, por otra parte, desde el punto de vista arqueológico, el comercial resulta más atractivo, con lo que se conjugan los elementos necesarios para relegar el estudio de la actividad agrícola y acentuar el de las relaciones comerciales.

Sabemos que Ugarit poseía una importante flota, pues era considerada en su época como una potencia naval. Sus relaciones con el mundo micénico debieron ser estrechas, aunque no podemos determinar cómo se articulaban. Durante algún tiempo se pensó en la existencia de un barrio micénico en Ugarit, para explicar cier-



Oriente Próximo en la 2.ª mitad del II milenio a.C.


GASGA
Khattusha
Kanish
KHATTI
KIZZUWADNA
DANUNA
ALSHE
Washshuganni
MITANNI
L. Van
L. Urmia
Carchemish
MUKISH
Alalakh
Ugarit
R. Orontes
AMURRU
ALASHIYA
(CHIPRE)
R. Khabur
Nínive
Zab superior
Zab inferior
Asur
R. Tigris
R. Diyala
Mari
Purattu (R. Eufrates)
Qatna
Tadmor (Palmira)
Biblos
Beirut
Sidón
AMQA
NAHARIN
Tiro
UPI
Akko (Acre)
Hazor
M. Carmelo
Mar de Galilea
Tell Abu Hawam
Beth-shan
BASHAN
Megiddo
Tell el-Far'ah
Deir' Alla
Joppa (Jaffa)
Gezer
Beth-shemesh
Jerusalén
Ascalón
Gaza
Lachish
Mar Muerto
Tell el-Rataba
Tell el-Yahudiya
HELIOPOLIS
Wadi Kharit
Wadi Maghara



Anatolia (según Mellaart)

tas expresiones arquitectónicas, por ejemplo la poterna de la fortaleza de Ugarit, y la presencia de cerámica micénica. Sin embargo, la ausencia de onomástica aquea en los archivos de Ugarit parece, entre los investigadores, argumento suficiente para rechazar tal idea. Es más, últimamente se viene admitiendo que Chipre jugaba un papel esencial, como intermediario, en la expansión de la cerámica —y en general de la cultura— micénica hacia Oriente (Baurain, 1984). Al parecer casi todos los núcleos orientales que reciben cerámica micénica lo hacen vía Chipre, que se convertiría en una especie de distribuidor monopolista de esos productos. Esta solución resuelve algunos de los problemas que presenta la distribución de la cerámica micénica por el Levante; pero, desde mi punto de vista, ese exclusivismo mercantil, parece más reflejo de un modelo teórico actual, que de una práctica del último cuarto del II milenio antes de nuestra era. No se acaba de comprender muy bien por qué los micénicos del Egeo habrían de aceptar la existencia del intermediario chipriota, o por qué Ugarit —con capacidad náutica propia— no habría de acabar con esa incómoda situación y buscar el producto deseado en los lugares de producción. Además, la ausencia de onomástica micénica en Ugarit no deja

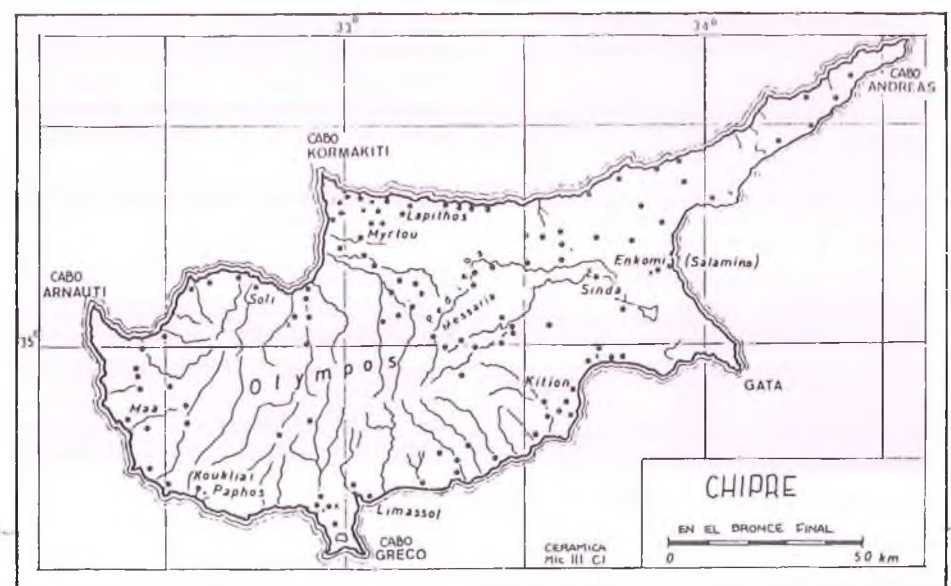
de ser un argumento *ex silentio*, por lo que no puede ser concluyente. Por otra parte, los micénicos fueron capaces de desplazarse hasta el Mediterráneo Central (Vagnetti, 1982; Harding, 1984) y establecer allí centros comerciales, como en la costa occidental de Anatolia, por ejemplo el caso ya citado de Mileto. Si en Levante no actúan según el comportamiento que parece habitual en ellos será porque existe un impedimento. Sin embargo, no creo que Chipre tuviese capacidad de imponer una conducta comercial distinta a los micénicos, pues sería tanto como asumir que Chipre era una potencia similar o mayor que los micénicos.

Sea como fuere la forma en que interactúan Ugarit, Chipre y el mundo micénico, en este momento me interesa más destacar que Ugarit es un estado vasallo de Hatti, uno de esos principados del Norte de Siria que tienen como función la protección del territorio hitita. Pero, además, Ugarit es el apoyo naval más importante con que cuenta el Imperio Hitita. Cualquier empresa marítima que emprenda Hatti es realizada por la flota ugarítica, como se pone de manifiesto en alguno de los textos concernientes a los últimos momentos de existencia del pequeño reino.

Además, Ugarit constituye un importante nudo de comunicaciones, de ahí su importancia comercial como centro redistribuidor. Por una parte es el último puesto para los navegantes que procedentes de Egipto quieren alcanzar el norte de Siria; más allá sólo queda el puerto hitita de Ura. Por otra parte, es el puerto natural de salida de los productos del interior de Siria hacia el Mediterráneo; por ello son frecuentes sus contactos comerciales con Chipre y quizá con la costa occidental de Anatolia, por la ruta que documenta arqueológicamente el pecio del Cabo Gelidonya.

En las comunicaciones por el interior, Ugarit también goza de una situación privilegiada, pues a través de Alalakh y Khalba se llega hasta Karkemish, centro neurálgico del alto Eufrates en disputa permanente entre las grandes potencias. Pero Ugarit también está comunicado con Mari, paso obligado de todos los comerciantes que quieran alcanzar el valle medio del Eufrates. Por consiguiente, Ugarit es el punto de encuentro del

Chipre en el Bronce Final
(Según Strobel)





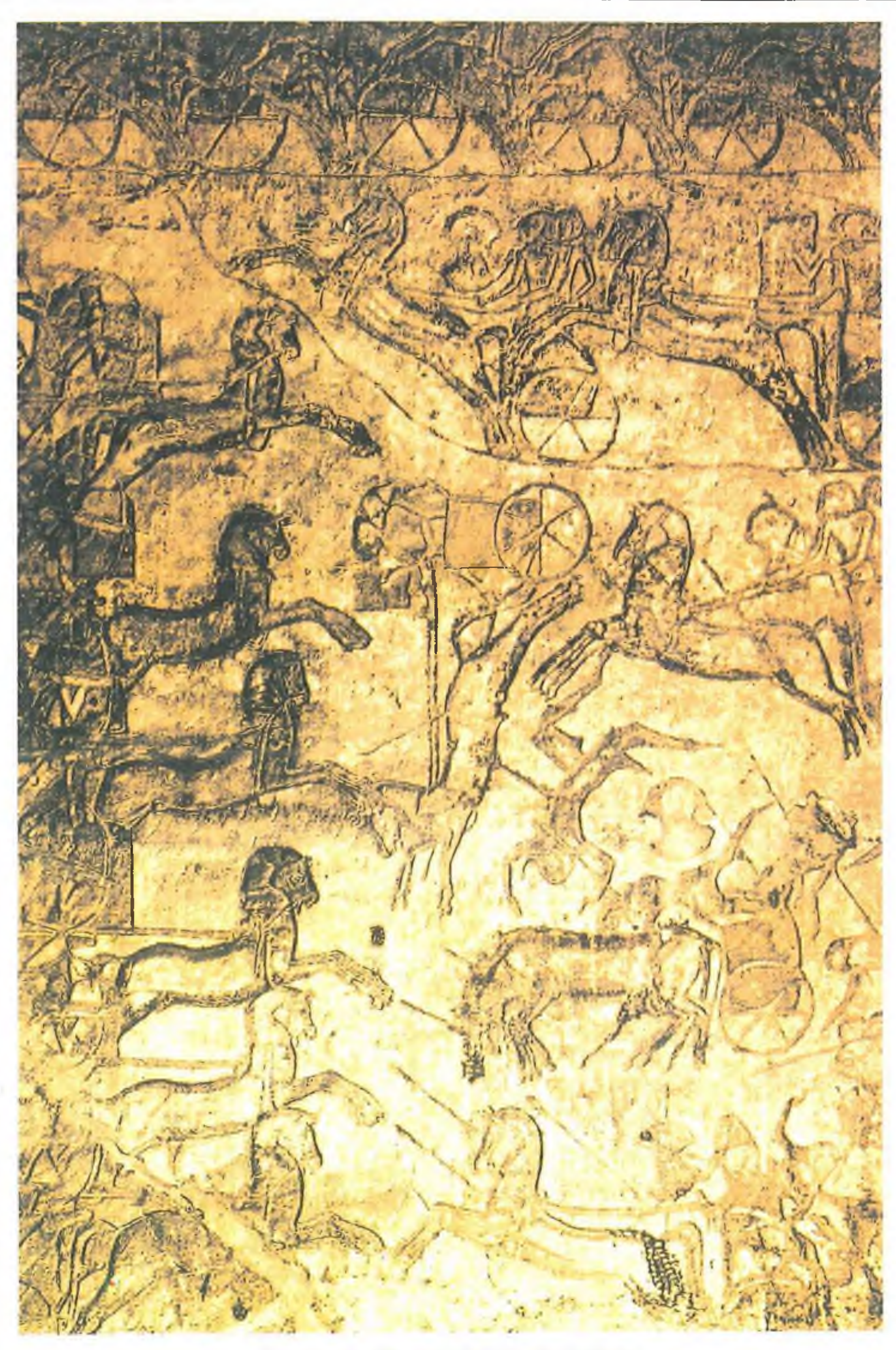
Ras Shamra (Ugarit) y su entorno
(Según Saadé)

Mediterráneo con Mesopotamia y por ese motivo no debe extrañar el tremendo desarrollo cultural de tan pequeño estado, cuya situación en este sentido es análoga a la de sus herederas, las ciudades fenicias. Finalmente, Ugarit puede ser paso en la ruta que desde el sur alcanza la península de Anatolia, corriendo paralela al mar. A través de ella se desplazarían hacia el norte los exóticos productos procedentes del fondo de la península arábiga, jalonada mucho más tarde, en época helenística, de monumentos nabateos. Desde Egipto se uniría a esta ruta otra que corre a lo largo de la costa y que en época romana recibió el nombre de *Via Maris*.

En la confluencia, por tanto, de todas esas rutas se encontraba Ugarit y no resultaba difícil imaginar lo importante que para ese estado era la actividad comercial. Un desequilibrio en ese sector, unido a una disminución de la producción agrícola podría tener fatales consecuencias.

El resultado del análisis de otros estados del norte de Siria no sería muy diferente: junto a una actividad agraria básica, el sector artesanal y comercial ha ido adquiriendo un papel cada vez más importante, debido a las necesidades de intercambio generadas en sociedades muy desarrolladas, como es el caso de los estados próximo-orientales a los que vengo refiriéndome. Pero quizá otros pequeños estados estuvieran en una situación peor que Ugarit, al carecer de salida propia al mar y encontrarse sobre una sola ruta comercial, con la que el colapso de su actividad secundaria podría producirse con mayor facilidad que en Ugarit; sin duda su economía se hallaba más a merced de las coyunturas políticas por las que atravesaban, lo que se traduce en un inestable sistema de vida con las repercusiones que ello tiene.

Hacia el interior y hacia el sur, en las zonas desérticas sobreviven pueblos nómadas dedicados al pastoreo,



Representación de la batalla de Kadesh.
Rameseum de Tebas

que en ocasiones se ven obligados a encontrar un equilibrio en sus tensiones reproductoras atacando a los sedentarios, sin que ello quiera decir que el nómada busque por naturaleza una situación similar a la del sedentario. Son, por el contrario, dos formas de entender el mundo y la posición del hombre en él, de tal modo que cada cultura construye sus sistemas explicativos y de integración, que impiden adoptar una situación de inferioridad con respecto a otra cultura. Las formas cómo nómadas y sedentarios entran en contacto son muy dispares y su análisis nos alejaría demasiado de nuestro propósito, pero constituye uno de los hilos conductores de la historia del Próximo Oriente en la Antigüedad y, por tanto, una de las vías adecuadas para su comprensión global. Poblaciones nómadas ocupaban, por tanto, el interior desértico de Siria y la zona comprendida entre el Jordán y el Eufrates. La costa palestina conocía, como la siria, importantes localidades portuarias, como Tell Abu-Hawan —en las proximidades de la actual Haifa—, Jope, Ascalón, etc. Su función en ese litoral era similar a la que desempañaban Ugarit, Biblos, Sidón o Tiro en el del Líbano, aunque éstas sean más importantes que aquéllas.

Habida cuenta de todo este panorama general, no queda ya más que realizar algunas puntualizaciones sobre la situación en el momento inmediatamente anterior a la brusca aparición de los Pueblos del Mar.

La política asiática de los grandes imperios de la segunda mitad del II milenio cambió radicalmente tras el año 1300 a.C.

Desde que Subiluliuma sube al trono hitita (*ca.* 1380 a.C.), los enfrentamientos con los egipcios por el control del territorio sirio-palestino son frecuentes. El interés por esta región estaba motivado, como ya he señalado, por la importancia de los puertos marítimos de Siria y por las ciudades caravaneras que controlaban gran parte de la actividad comercial del Próximo Oriente Asiático en ese momento. Pero junto a este innegable interés económico había otro de índole estratégico, pues la seguridad de cada imperio parecía depender de la existencia de estados aliados, vasallos o dependientes que sirvieran de sistema de amortiguación ante los posibles ataques de las potencias enemigas.

En el año 1300 a.C. tuvo lugar el último enfrentamiento de esta serie entre el joven faraón Ramsés II y el Gran Rey hitita, el experimentado conquistador, Muwatali. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar cerca de Kadesh y su resultado militar fue incierto. Sin embargo, desde el punto de vista político, la situación quedó bastante clarificada. Si Hatti mantenía su control sobre los estados sirios, Egipto consolidaba su situación hegemónica en la región de Palestina.

Pero desde una perspectiva más amplia se observa que ambas partes parecen cansadas de esta situación de hostilidad permanente, que no permite vencer la balanza hacia ninguna de las partes y que, por el contrario, debilita continuamente el poder de ambos contendientes que se recuperan con dificultad tras cada enfrentamiento. Además, las situaciones de receso son aprovechadas por pueblos nómadas que contribuyen a agravar la inestabilidad de la región, azotando con mano certera las ciudades castigadas por las refriegas de las grandes potencias.

Las circunstancias dejaban ver con claridad que los objetivos que hacían atractiva para los imperios la región sirio-palestina se disipaban a causa de la permanente política hostil. En efecto, los puertos y ciudades caravaneras se empobrecían por el permanente estado de guerra y, además, los estados «tapón» no parecían tan necesarios, habida cuenta de la dificultad —cada vez mayor— que revestía para

cualquiera de las dos potencias un intento de penetración en el territorio «nacional» de la otra. Por otra parte, la función de los estados «tapón» podía quedar suplida por medio de una eficaz actividad diplomática que disuadiera las pretensiones expansionistas. Por consiguiente, la pacificación de la región no podía tener más que efectos positivos para todas las partes. Ahora bien, para conseguir la paz era necesario que los grandes imperios renunciasen a su política de agresivo expansionismo y aceptasen el *status quo* logrado tras el largo período de hostilidad.

El análisis de la situación debió de llevar su tiempo a ambas partes y tan sólo cuando estuvieron sopesados todos los factores se llegó al acuerdo de firmar un tratado de paz sólido. Muwatali no sobrevivió más de cinco años a la batalla de Kadesh. Sería su hermano y sucesor, Hattusil III, quien firmase el famoso tratado con el antiguo enemigo de Hatti, Ramsés II. Sin duda, la problemática situación en otras fronteras contribuyó a que ambas partes llegasen a un acuerdo, presumiblemente precedido de complejas negociaciones que desembocarán en el tratado de 1284 a.C.

Las cláusulas del tratado nos han llegado en sendas fuentes egipcia e hitita. La primera de ellas se ha conservado en los textos epigráficos del gran templo de Karnak; la segunda, en una tablilla cuneiforme procedente de Bogazköy y depositada en el Museo Arqueológico de Estambul. Lo más importante que cabe destacar es el pacto de no agresión y de defensa mutua, al mismo tiempo que los firmantes se comprometen a proteger la sucesión legítima en cada uno de los imperios.

Nunca más volverían a enfrentarse las tropas egipcias e hititas. El tratado sería celosamente cumplido por ambas partes, a pesar de las múltiples situaciones conflictivas, tanto militares como diplomáticas, que se produjeron hasta la desaparición del Imperio Hitita.

Podemos afirmar que se había logrado un gran equilibrio entre las grandes potencias, que iba a beneficiar su propia recuperación y la de los estados sirios, aunque por doquier había focos bélicos de variada intensidad que impiden ofrecer una imagen idílica de los últimos años del siglo XIII. Aunque —no hay que olvidarlo— el más importante foco de inestabilidad, al menos para Hatti, procedía de su vecino suroriental, el reino asirio, que bajo el liderazgo de sus reyes Salmanasar I (1274-1245) y Tukulti-Ninurta I (1244-1208) iba a poner en peligro la propia existencia del Imperio Hitita.

Así resume Baurain (1984, 274) la situación general que siguió al tratado de 1284: «durante medio siglo, el comercio internacional se hizo especialmente intenso entre *todas* las orillas del Mediterráneo Oriental y Chipre jugó, a nuestro entender no solamente el papel de plataforma giratoria, sino también el de incitador de los intercambios.» La distribución de la cerámica LH III B es buen testimonio de ello.

Hacia 1240 el único foco importante conflictivo era la frontera hititoasiria. En esa fecha, Tudhaliya IV toma una decisión que va a ser de trascendental importancia: el bloqueo económico de Asiria, para impedir que este reino pueda abastecerse de materias primas susceptibles de ser empleadas con fines bélicos. Las consecuencias van a ser, por una parte, la conquista de Babilonia por Asiria y, por otra, la ruptura del equilibrio económico del norte de Siria y del Mediterráneo Oriental. Pero mientras tanto, los estados sirios, como Amurru o Ugarit acataban obedientes la tutela hitita —de ahí el éxito del bloqueo antiasirio— y persistía la amistad con Egipto, donde aún reinaba Ramsés II, que llevaba ya 64 años al frente del Imperio Egipcio.

II. El fin de la Edad del Bronce según los testimonios arqueológicos

Esta situación de precario equilibrio se vio repentinamente alterada por la alarmante actividad bélica de algunas comunidades inestables durante el II milenio, por razones que analizaremos más adelante, se lanzaron frenéticamente a la destrucción y al pillaje.

Tanto la arqueología como las fuentes literarias contemporáneas han dejado recuerdo de su actividad. Señalaré en primer lugar su huella en el registro arqueológico y a continuación se recogerá la información procedente de las fuentes antiguas.

1. Destrucciones en el Egeo

Casi todos los centros micénicos importantes sufrieron el desastre en un momento más o menos contemporáneo en el que la cerámica micénica reciente (=LH, de Late Helladic) III B aún estaba en uso, coincidiendo con su época de máxima difusión por todo el Mediterráneo Oriental (Alin, 1962; Betancourt, 1976; Strobel, 1976; Schachermeyr, 1980). Es más, la arqueología proporciona abundantes testimonios de prosperidad y aumento de población durante el LH III B: nuevos asentamientos, nuevas edificaciones, nuevas viviendas —incluso fuera de las fortalezas— y muchas



Rey de Ugarit, triunfando sobre su enemigo
(1400-1350 a.C.)

colonias ultramarinas (Betancourt, 1976, 42).

Aparentemente, las destrucciones afectaron fundamentalmente a Grecia continental, y menos a las islas del Egeo (Desborough, 1975, 659; Schachermeyr, 1980, 60).

En la Hélade, los principales centros micénicos afectados fueron Yolco en Tesalia, Gla en Beocia, Crisa en Fócida, Pilos en Mesenia, el Meneleo en Laconia y, en la Argólida, Micenas y Tirinto, aunque ambas ciudadelas continuaron existiendo con posterioridad durante algún tiempo (Stubbings, 1975, 353; Kilian, 1982, 166 ss.).

Según Desborough (1972, 19-20), de los 150 asentamientos mesenios del LH III B, sólo quedan en el III C 14; en Laconia, de 30 se reducen a 7; en la Argólida y Corintia, de 44 a 14; en Atica, de 24 a 12; en Beocia, de 27 a 3; en Fócida y Lócrida, de 19 a 5.

La cantidad de estilos cerámicos en el III C, sugiere una ruptura de las comunicaciones y los efectos de las destrucciones se ponen también de manifiesto en los movimientos demográficos; algunas regiones quedan virtualmente despobladas, como Mesenia, mientras otras conocen un aumento de población, como Acaia (Betancourt, 1976, 40; Tegyey, 1974, 227-232).

Estas destrucciones fueron precedidas por un evidente intento de fortificación, como pone de manifiesto el engrandecimiento de las murallas de Micenas, Tirinto y Atenas durante el período III B. Además, en el istmo de Corinto se levantó una muralla para impedir la penetración en el Peloponeso de potenciales invasores procedentes del norte (Mylonas, 1966, 31 ss.); su ineficacia quedó poco después probada.

Aún se podrían detallar más ejemplos de la repercusión de esta oleada de destrucciones en Grecia Continental, pero una enumeración pormenorizada no serviría más que para perder la visión de conjunto. Por consiguiente, creo que con lo señalado basta para percibir la situación general de la Hélade en ese momento del Bronce Reciente que concluye con la cerámica LH III B. Consecuencia de la destrucción generalizada será la aparición de un nuevo estilo cerámico, cuya característica esencial es la falta de uniformidad; cada taller tendrá sus propias peculiaridades y ya no volverá a producirse una situación de homogeneidad similar a la que hubo durante el período III B. Este cambio en el estilo de la cerámica sirve de argumento contundente para establecer un nuevo período arqueológico: LH III C (Desborough, 1975, 659; Iakovidis, 1979, 454 ss.; Rutter, 1977, 1 ss.; Podzuseit, 1983, 359 ss.).



Cerámica micénica. Vaso de los guerreros.
(Detalle)

En conclusión, podemos afirmar que en el paso de los niveles arqueológicos LH III B y III C se aprecia un horizonte de destrucción que afecta a los más importantes centros micénicos de Grecia Continental. Sólo algunos de ellos podrán sobreponerse temporalmente al impacto; pero éste supone el primer y más importante paso hacia la desaparición definitiva de la cultura micénica y, con ella, de la Edad del Bronce en el Egeo.

2. Destrucciones en Anatolia

Anatolia conoció también una situación similar a la de Grecia Continental, pues son numerosos los yacimientos que sufren destrucción en un momento aproximadamente contemporáneo. A pesar de ello, hay investigadores (Bittel, 1983, 25 ss.) que minimizan la importancia de ese horizonte de devastación, al considerar que sólo afecta puntualmente a determinados núcleos. Sin embargo, teniendo en cuenta que los afectados son los centros más importantes, no se peca de alarmista si se afirma que las destrucciones afectaron gravemente al desarrollo histórico de Anatolia.

Ya he señalado que Anatolia comprende en este momento no sólo el territorio del gran Imperio Hitita, sino también los de los pequeños estados que servían de protección para Hatti. Conviene que comencemos por la parte occidental de Anatolia, debido a su dependencia cultural del Egeo.

En primer lugar destaca el caso de Troya, que sufre una historia dramática a lo largo del siglo XIII. En efecto, el fin de la Troya VI (fase *h*) es provocado probablemente por un terremoto en el primer cuarto de ese siglo (Blegen, 1973, 685). La Troya VII conoce dos fases sucesivas. La primera (Troya VII *a*) es una continuación directa de la Troya VI. En opinión de Blegen ésta sería la Troya homérica, destruida por los aqueos hacia 1250. La segunda fase (Troya VII *b*) conoce dos etapas, una (VII *b* 1) en la que hay gran continuidad con respecto a la fase anterior, aunque aparecen —como novedad— importaciones de cerámica micénica III C. La otra etapa (VII *b* 2) supone la llegada de gentes nuevas procedentes de la zona de Hungría y su duración es indeterminable; la aparición de cerámica estilo «granero» pone de manifiesto su pervivencia en el siglo XII. Finalmente, la ciudad sería destruida en una conflagración de imprecisa cronología (Blegen, 1975, 163; Nylander, 1963; Strobel, 1976, 38).

En segundo lugar conviene destacar un centro de gran importancia, que sirve de guía para otros posibles centros micénicos en Asia Menor. Me refiero, naturalmente, a la Mileto del Bronce reciente. La arqueología ha demostrado que la ciudad fue destruida en un momento del período III B y que la destrucción estuvo acompañada de un incendio (Weickert, 1959-60). También en Cilicia hay restos de estas destrucciones. Por la misma época desaparece el último palacio hitita de Mersin (Garstang, 1953) y cae, asimismo, la ciudad de Tarso (Goldman, 1956 y 1963; French, 1975).

Pero todas estas destrucciones son pequeñeces al lado del fenónemo más importante que tiene lugar en este momento en Anatolia: Hattusa, la capital del Imperio Hitita, es asolada e incendiada en los últimos años del siglo XIII o en los primeros del XII (Bittel, 1983). No sabemos con seguridad si la destrucción de la aparentemente inexpugnable fortaleza de Bogazköy conlleva la inmediata desaparición del Imperio Hitita (Bittel, 1976, 42). Pero no es sólo el barrio real de Büyükkale el que se ve afectado por la grave crisis, sino también otros importantes centros hititas sufren destrucción: Alaca Höyük, Maçat, Firakdin, Kara Hüyük, Karaoglan, Polath, Gordion y Beycesultan. El final de cada uno de ellos es contemporáneo a la destrucción de

Hattusa. Ese nivel arqueológico supone el fin de la presencia hitita y el primer paso hacia la aparición de la Edad del Hierro en Anatolia (Lehmann, 1970, 39).

3. Chipre

La isla de Chipre, cuyo papel intermediario entre el Egeo, el Levante y Egipto ya ha sido destacado, también sufrió intensamente los efectos de la catástrofe. Esta supone el fin del horizonte arqueológico denominado chipriota reciente II C, que conoce importaciones de cerámica micénica III B. Por consiguiente, ambos niveles son contemporáneos y ello permite afirmar que la desaparición del chipriota reciente II C y el LH III B son *grosso modo* contemporáneos. Esta afirmación queda corroborada por la presencia de cerámica micénica III C 1 en el espacio chipriota inmediatamente posterior, es decir, el III A (Baurain, 1984, 237-244; Karageorghis-Kuhly, 1984).

Enkomi es el ejemplo más interesante (Dikaios, 1969). Su destrucción tiene lugar en el nivel local II B, en el que aún no hay presencia de cerámica micénica III C 1 y lo mismo ocurre con Kition, cuyo suelo III presenta un importante nivel de destrucción (Karageorghis, 1976). Sinda, en las proximidades de Enkomi, conoce dos niveles de destrucción. El primero, Sinda I, corresponde a Enkomi II B; mientras que Sinda II coincide ya con la fase micénico III C 1 *a* e incluso aparecen grandes cantidades de cerámica III C 1*b* (Furumark, 1965, 96 ss.) Aparentemente la diferencia más importante entre Sinda y los otros dos centros chipriotas es que en el primero no habría ruptura de ocupación (Dikaios, 1969, II, 487). La espectación de un posible peligro parece confirmarse en el relativamente reciente hallazgo de dos nuevos yacimientos en Maa y Pila, que parecen puestos militares construidos poco antes de las destrucciones (Karageorghis, 1982, 704 ss.; Karageorghis-Demas, 1984). La coincidencia con los preparativos de defensa mediante fortificación en Grecia Continental es notable, por lo que resulta difícil sostener una desconexión entre estos fenómenos.

En cualquier caso, la Arqueología es bastante elocuente en cuanto a las destrucciones generalizadas de los más importantes centros chipriotas en fechas próximas a finales del s. XIII a.C. ron nuevas construcciones en las que aparece cerámica similar a la que en Chipre y Palestina se atribuye a los Pueblos del Mar (Lagarce, 1982; Badre, 1983). Pero los efectos de la oleada de destrucciones no se limita a los luga-

4. El Levante

Bajo el término genérico del Levante se agrupa una serie de estados de mayor o menor envergadura situados en Siria y Palestina, de características dispares, tanto por su composición étnica como por sus modelos estatales, que sufrieron un destino similar al que se viene describiendo en otras regiones.

El más afamado estado que desaparece en esta región es, sin duda, Ugarit, el fiel vasallo de Hatti que queda indefenso ante el enemigo por cooperar con todas sus fuerzas en beneficio de su señor.

Cuando la importante ciudad cananea marítima aún recibía cerámicas micénicas III B, probablemente vía Chipre, sufrió un devastador ataque en el que el palacio fue derruido e incendiado (Schaeffer, 1968). La fecha es difícil de precisar, pero puede situarse muy a comienzos del siglo XII. La misma suerte corrió la instalación ugarítica en la península de Ras Ibn Hani, al norte de Lataquia, que presenta huellas de incendio en sus dos palacios. El palacio sur fue vaciado de su contenido con anterioridad a la catástrofe, lo que indica que ésta se preveía. Sobre los escombros se realiza-



Dios guerrero de pie. Enkomi
(Siglo XII a.C.)

res reseñados. La misma suerte corrió, por ejemplo, la vecina ciudad de Tell Sukas (Riis, 1960).

Por lo que respecta a otras importantes ciudades cananeas marítimas, falta documentación que permita saber si hubo o no nivel de destrucción contemporáneo. Tal es el caso de Biblos, Tiro o Sidón que, al ser centros de habitación continua, presentan graves dificultades arqueológicas. Sin embargo, el análisis de Ugarit y otros yacimientos menores hace que cada vez se aprecie con mayor claridad la intensidad de las destrucciones en la región.

La situación en Tell Açana, antigua Alalakh, es muy similar a la de Ugarit. Ambas ciudades habían sufrido repetidas destrucciones, pero conocieron parejo fin en el paso del siglo XIII al XII, según pone de manifiesto la Arqueología; aquí fueron destruidos tanto el puerto como la ciudadela. La transformación de Alalakh fue tan grande que sus nuevos habitantes celebraban un ritual funerario nuevo, cuya principal característica era la cremación, frente a la inhumación, que había sido la práctica habitual en la ciudad durante la Edad del Bronce (Barnett, 1975, 370).

No tuvo tampoco mejor suerte Karkemish, ciudad estratégica que controlaba el cruce del alto Eufrates y por la que tanto habían disputado hititas, egipcios y asirios. La ciudad fue destruida y allí también se estableció una nueva población, según pone de manifiesto la novedad de la incineración (Woolley-Barnett, 1952). Lo mismo ocurrió en la ciudad de Hamath tras su captura y reocupación (Riis, 1948). En todas ellas la destrucción marca el paso de la Edad del Bronce a la del Hierro.

La región de Palestina sufrió también el azote de la destrucción tanto en las zonas costeras como en las del interior. El caso mejor conocido aquí es el de Tell Abu Hawan, en la bahía de Acre, cerca de Haifa. Este importante punto recibía al parecer cerámi-

ca micénica directamente de Grecia Continental, lo que constituye un caso insólito en el comportamiento comercial micénico (Hankey, 1982). La ciudad, identificada por Mazar (1964) con la colonia tiria Salmon, también sucumbió cuando aún importaba cerámica micénica III B, aunque las destrucciones parecen asociadas a la presencia de cerámica III C 1 *a*, lo que habría de interpretarse como una destrucción más reciente. Ashdod y Ascalón tuvieron que soportar la misma vicisitud que Tell Abu Hawan. En Ashdod la destrucción del último estrato de la Edad del Bronce es seguida de una reocupación con cerámica micénica III C 1 *b* (M. Dothan, 1972 y 1979; T. Dothan, 1983).

La presencia de gentes nuevas en el interior de Palestina parece estar más en relación con la expansión de los filisteos, una vez establecidos permanentemente en la llanura costera, que con la oleada de destrucciones que se ha descrito hasta ahora (T. Dothan, 1982 y 1985). Por ello, parece pertinente dejar a un lado los asuntos internos de Palestina.

Concluye aquí esta rápida revisión de la secuencia arqueológica que pone de manifiesto la existencia de un nivel de destrucción común para todo el Mediterráneo Oriental y algunas áreas del Próximo Oriente, cuya consecuencia es la desaparición de la Edad del Bronce en todas las áreas afectadas e incluso la desaparición de muchas de las entidades culturales que habían protagonizado la evolución histórica del II milenio. Algunas de ellas, antes de desaparecer o en el transcurso de su destrucción, pudieron dejar testimonios escritos de lo que se avecinaba. Otros textos proceden de estados afectados, pero que no llegaron a sucumbir. Finalmente otro grupo de textos procede de tradiciones tardías, pero asimismo útiles para el historiador.



Cerámica micénica de Esciros
con representación de un barco similar
al de los Pueblos del Mar
(Siglo XII a.C.)

III. La información literaria

Pilos y Ugarit han legado documentos dramáticos de sus últimos momentos de existencia. El incendio de sus respectivos palacios ha permitido la conservación de algunas tablillas que son elocuente testimonio de lo que estaba ocurriendo a finales del siglo XIII en el Mediterráneo oriental. Boğazköy ha proporcionado también información de alto interés para la reconstrucción histórica de este período, que contribuye a esclarecer el proceso general, aunque de momento no hay documentos correspondientes a los instantes finales de la ciudad o del estado hitita. Pero, sin duda, el documento literario de mayor interés y que proporciona la información más precisa corresponde al relato final de la victoriosa campaña de Ramsés III, en su octavo año de reinado, contra una coalición de pueblos norteños que pretendió penetrar e instalarse en el valle del Nilo.

A estos documentos más o menos contemporáneos a la época de destrucciones, que se han descrito más arriba, hay que añadir algunas informaciones posteriores que contribuyen a la reconstrucción histórica del período. Este grupo está compuesto por los testimonios de aquellos historiadores y geógrafos griegos y latinos que hacen referencia directa o indirecta al momento histórico que nos ocupa. También la Biblia proporciona datos útiles para la comprensión general del fenómeno global que se analiza. El cuento de Wenamón da una vivida impresión de la situación general del Próximo Oriente en torno al año 1100 y en él aparece alguno de los Pueblos del Mar definitivamente asentado. Y aún cabría citar pormenorizadamente otras muchas referencias procedentes de los lugares más dispares.

Por último, es imprescindible aludir a los textos homéricos, especialmente la *Iliada* que, a pesar de las graves dificultades que presenta su utilización como fuente histórica, contribuye a la mejora de nuestros conocimientos desde una perspectiva completamente distinta a la que proporcionan las demás fuentes literarias.

Aunque he mencionado juntos a Ugarit y Pilos, la información que proporcionan es sustancialmente diferente. Las cartas de Ugarit son mucho más explícitas y por ello se puede determinar con relativa seguridad a qué se refieren. Por el contrario, las tablillas de Pilos nos comunican ciertos movimientos de tropas cuya exégesis provoca el enfrentamiento de los investigadores, por lo que creo preferible, de momento, presentar la documentación del llamado palacio de Néstor en el grupo de «otras fuentes», y más si tenemos en cuenta que se trata de un documento interno, que no contribuye más que indirectamente a la comprensión general del momento.

Por todo ello, se aludirá en primer lugar al testimonio de Ramsés III en Medinet Habu; en segundo lugar a las cartas de Ugarit y, finalmente, a las «otras fuentes».

1. Medinet Habu

En su templo funerario de Medinet Habu mandó esculpir Ramsés III las campañas militares de su reinado (Nelson, 1930; Edgerton-Wilson, 1936; Kitchen, 1972). La que aquí nos interesa es la que tuvo lugar en el octavo año. El texto correspondiente, según la publicación de Pritchard (1966, 218) dice:

(1) Año 8 bajo la majestad de (Ramsés III)...

(16) ... Los países extranjeros conspiraron en sus islas. De súbito las tierras fueron apartadas y diseminadas en la contienda. Ninguna tierra podía sostenerse frente a sus armas, desde Hatti, Kode, Karkemish, Arzawa y Alashiya en adelante, siendo amputadas de (una vez). Un campamento (se estableció) en un lugar de Amor. Desolaron a su gente, y su tierra fue como lo que nunca había sido. Avanzaban hacia Egipto, mientras la llama se preparaba ante ellos. Su confederación la formaban los filisteos, tjeker, shekelesh, denye (n) y weshesh, con sus territorios unificados. Pusieron sus manos en los países hasta el circuito de la tierra, con los corazones llenos de confianza y seguridad: «¡Nuestros propósitos triunfarán!».

Es evidente que el circuito descrito por Ramsés III está bastante próximo al que resulta del análisis de las destrucciones que tuvieron lugar entre finales del siglo XIII y comienzos del XII. La fecha del octavo año del reinado de Ramsés III es controvertida, pero quizá pueda situarse hacia 1188. Sería demasiado optimista suponer que todo encaja bien al disponer de una fecha más reciente en Egipto que en el resto de los lugares afectados por la catástrofe. En realidad, la cronología de las destrucciones está en gran medida basada en el episodio final marcado por el octavo año de reinado de Ramsés III. Sin embargo, el texto de Medinet Habu extrae del anonimato a los hipotéticos autores del desastre documentado por la arqueología en el tránsito del siglo XIII al XII.

Por otra parte, algunos de estos pueblos eran conocidos ya con anterioridad gracias a otros textos, que contribuyen a su identificación, pero ese asunto será objeto de análisis más adelante.

Antes de abandonar Egipto, conviene recordar que el papiro Harris (I, 76, 7), redactado probablemente el mismo año de la muerte de Ramsés III, en 1166, recuerda aparentemente los acontecimientos del octavo año, pero en este caso omite la presencia de los shekelesh e introduce a los shardana, ausentes en el texto de Medinet Habu, lo que contribuye a completar la lista de los pueblos involucrados en el intento de invasión: peleset (= filisteos), tjeker, shekelesh, shardana, denyen y weshesh.

2. Ugarit

El yacimiento de Ras Shamra ha proporcionado algunos textos directamente relacionados con los últimos momentos de su existencia. Se trata de siete documentos sobre los que no hay acuerdo cronológico y, en consecuencia, su vinculación al final de Ugarit es, al menos, discutible. Cinco de ellos proceden del archivo de Rap'anu, probablemente un escriba de alto rango, mientras que los dos restantes fueron hallados aún en el horno de los archivos suroeste del palacio.

De los cinco documentos procedentes del archivo de Rap'anu al menos tres pueden no estar relacionados con los últimos días de Ugarit (RS 20.33; RS 20.168 y RS 20.18). Los dos restantes son, como todos los demás documentos, sendas cartas enviadas por el rey de Alashiya al de Ugarit (RS L.1) y a la inversa (RS 20.238).

En el primer caso, el destinatario es identificado unánimemente con el úl-

timo rey de Ugarit, Hammurabi II. El texto de la carta dice así:

«Esto dice el rey a Hammurabi rey de Ugarit. Salud, que los dioses te conserven sano. Lo que me has escrito "se ha divisado en el mar al enemigo navegando". Bien, ahora, incluso si es cierto que se han visto barcos enemigos, mantente firme. En efecto, acerca de tus tropas, tus carros ¿dónde están situados? ¿Están situados a mano o no? ¿Quién te presiona tras el enemigo? Fortifica tus ciudades, establece en ellas tus tropas y tus carros y espera al enemigo con pie firme».

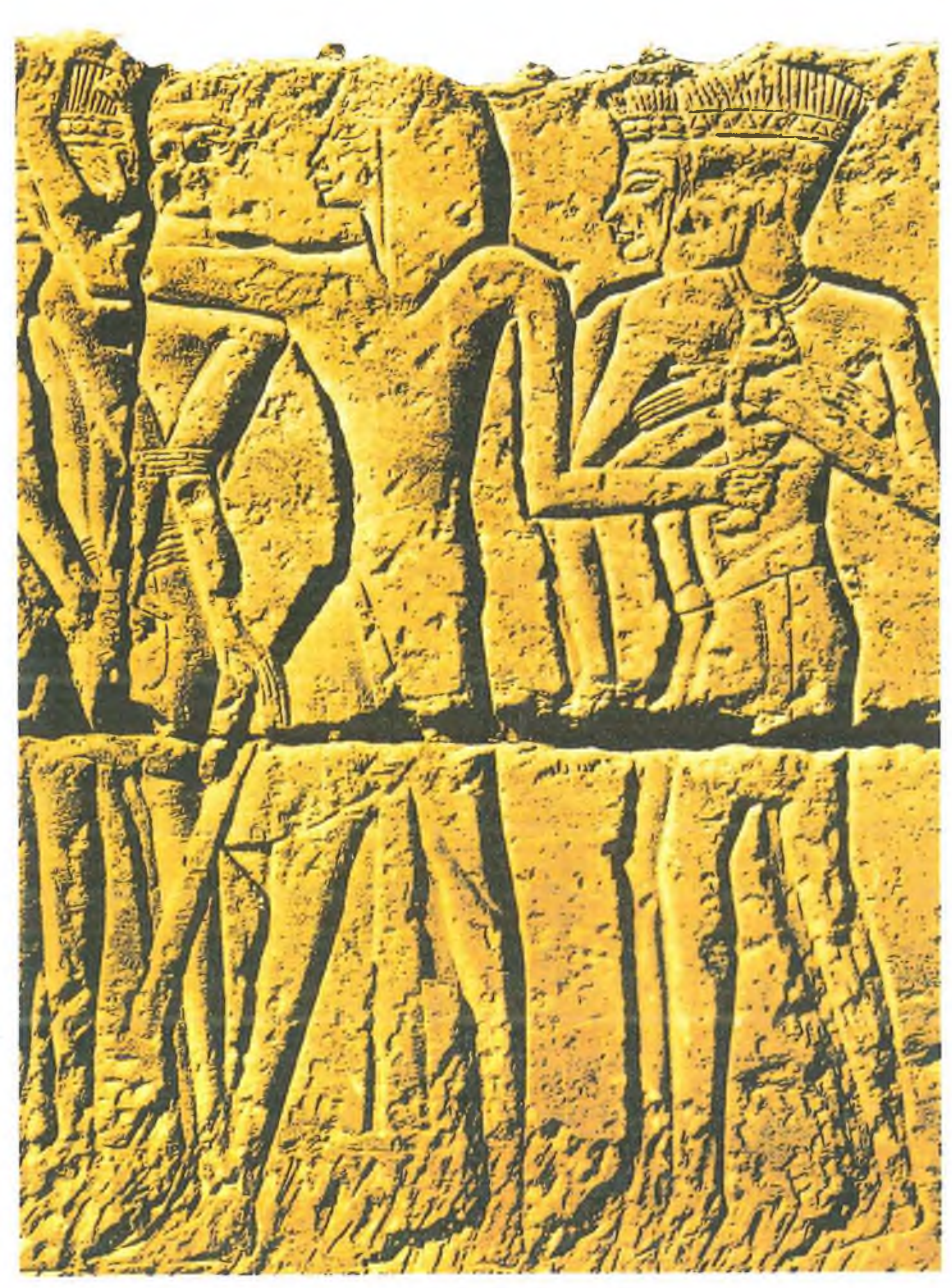


Personaje de la familia real de Ugarit abrazando a su esposa
(1400-1350 a.C.)

Una de las cuestiones que más poderosamente ha llamado la atención de los estudiosos de esta carta es la aparente capacidad del rey de Alashiya para dar instrucciones al de Ugarit. Esto querría decir que o bien hay una subordinación personal o bien responde a una jerarquización entre estados. Alashiya, a pesar de las opiniones contrarias, se identifica comúnmente con Chipre y se escapa a nuestro conocimiento una dependencia real de Ugarit con respecto a Chipre. Por este motivo, la crítica supone una subordinación personal del rey de Ugarit al de Alashiya, es decir, una relación de parentesco del tipo suegro-yerno, lo que encaja bien con la otra carta a la que he hecho alusión (RS 20.238). Aquí, un desconocido rey de Ugarit escribe al de Alashiya, refiriéndose a él como « mi padre». Esa carta es considerada, en general, como la respuesta de Hammurabi II a la carta anterior. Como señala Sandars (1978), la respuesta es una mezcla de desesperación y sarcasmo:

«Al rey de Alashiya. Mi padre, esto dice el rey de Ugarit su hijo. Me postro a los pies de mi padre. Salud a mi padre, a tu casa, tus esposas, tus tropas, a todo lo que pertenece al rey de Alashiya, mucha, mucha salud. Mi padre, los barcos enemigos ya han estado aquí, han prendido fuego en mis ciudades y han causado grave daño en el país. Mi padre, ¿no sabías que todas mis tropas estaban situadas en el país hitita, y que todos mis barcos se encontraban aún en el país de Lukka y todavía no han regresado? De este modo, el país está abandonado a su propia suerte... Que mi padre sepa que siete barcos enemigos han venido y ocasionado gran daño. Si en adelante hay más barcos comunícamelo para que pueda decidir qué hacer (o "saber lo peor").»

Este documento es de excepcional interés y puede catalogarse entre los de mayor dramatismo conservados en el Próximo Oriente. Gracias a él sabemos que Ugarit se encontraba desprotegido, pues su ejército estaba luchando junto al hitita, mientras que su flota



Prisioneros de los Pueblos del Mar
Medinet Habu
(1195-1164 a.C.)

operaba en el país de Lukka, de incierta localización en el noroeste o sur de Anatolia. También ha llamado la atención de los investigadores el reducido número de barcos que puede ocasionar tan gran daño. Y no menos interesante es la constatación de que, al menos temporalmente, Ugarit ha conseguido solventar la situación, pues de hecho este documento se hallaba depositado en el archivo de Rap'anu cuando sobrevino la destrucción definitiva.

Del contenido de estos dos textos se desprende que la situación era muy grave, pero se puede incluso intuir que en Ugarit sospechaban lo que se avecinaba. Sin embargo, otros dos textos, a los que me referiré a continuación, no dejan entrever con tanta claridad el fin de Ugarit.

En efecto, los documentos RS 18.147, la carta de *Pgn* al rey de Ugarit y RS 18. 148, la carta de *Ydn*, desorientan en cierta medida al espectador del panorama que presentaban los dos últimos textos mencionados. Y lo más problemático del asunto reside en el hecho de que precisamente estos documentos que voy a presentar aparecieron en el horno donde habían de ser ligeramente endurecidos para su posterior almacenamiento en el archivo correspondiente. Se acepta unánimemente que los documentos aparecidos en este horno de los archivos suroeste del palacio son los últimos de Ugarit.

El primero de estos dos últimos textos es una carta al rey de Ugarit, sin duda Hammurabi, remitida por un tal *Pgn*, que pudiera ser un desconocido rey de Alashiya, aunque también de cualquier otro lugar:

Carta de *Pgn* al rey de Ugarit. Que los dioses te guarden y te mantengan salvo. Aquí, junto a mí, va bien (hay paz). Allí junto a mi hijo, por lo que respecta a la paz (salud, prosperidad), respóndeme (=dime si todo va bien) ... Como mi hijo me ha enviado un *lht* de víveres, yo estoy en altamar y ... ¡Pues bien! Que mi hijo, del mismo modo, equipe un navío de (alta?) mar, que ... y que los víveres ...»

El final del texto está perdido por una fractura antigua de la tablilla (Baurain, 1984, 318).

Para darle coherencia a este texto en el ambiente general de la época es necesario considerar la primera parte de la carta como mera fórmula retórica y, a continuación, entender el sentido profundo del mensaje como un «sálvese quien pueda». Sin embargo, también es posible hacer una lectura menos alarmista teniendo en cuenta las sosegadas palabras de salutación de *Pgn* y, sobre todo, la solicitud de envío de alimentos.

Por otra parte, RS 18.148, aparecida también en el horno, nos hace saber que el remitente, llamado *Ydn* y por lo demás desconocido, se hallaba en un país de ultramar con la fortuna de su rey a salvo. Desde su recién lograda seguridad aconseja al rey de Ugarit que movilice una flota de 150 barcos para resistir al enemigo (Baurain, 1984, 319).

Lo que más sorprende es que si, en efecto, estos dos documentos son los más recientes y los del archivo de Rap'anu más antiguos, la situación de Ugarit parece haber mejorado en los últimos momentos, pues estaría en disposición de prestar ayuda alimenticia a su vecina Chipre y, además, de equipar una formidable flota de 150 naves.

Cabe la posibilidad de que en Chipre no estén bien informados de la situación real de Ugarit, lo que vendría a confirmar la interrupción de comunicaciones y la gravedad de la situación. Al mismo tiempo, se constata la paradójica mejora de Ugarit, que complica aún más nuestra percepción de la época. Sin embargo, lo cierto es que Ugarit fue destruida y que de haber dispuesto de esos 150 barcos, a duras penas se hubiera producido tal desenlace.

En el estado actual de nuestros conocimientos sólo podemos afirmar que Ugarit sucumbió en el paso del siglo XIII al XII, probablemente como con-

secuencia de un ataque procedente del mar, que sorprendió a la ciudad en un estado de alarma que no podía resolver presumiblemente porque sus fuerzas armadas se hallaban operando en otros lugares. Esto, que en principio puede parecer poco, se irá viendo ampliado conforme vayamos analizando la situación general. Las piezas del rompecabezas, poco a poco, encuentran su lugar.

3. Otras fuentes

Son relativamente abundantes los textos que aluden a esta época y que contribuyen a la discusión científica. Resulta ocioso tratar de elaborar un catálogo completo, porque unos textos desviarían demasiado nuestra atención y porque la presentación de cada uno de ellos excedería con mucho la tarea que me he propuesto. Por ello, se hará alusión a aquéllos cuya trascendencia es mayor o que son susceptibles de ser empleados con posterioridad.

Comenzaremos por Pilos. En el palacio de Ano Englianos se halló un archivo con tablillas de los últimos años de su existencia. Un grupo de tablillas hace referencia a la concentración de materiales bélicos y movimientos de tropas, aunque como señala Chadwick:

> «Si partimos del supuesto de que Pilos esperaba el ataque que se produjo poco después de la fecha en que se escribían las tablillas, podemos leer en ellas referencias al suceso venidero... pero como no disponemos de documentos paralelos que indiquen la situación normal del ejército en tiempos de paz, no podemos asegurar que estas disposiciones no respondan a prácticas ordinarias» (1973, 129).

Una de las tablillas hace referencia a un contingente de remeros reclutados en cinco aldeas costeras que es enviado a Pleurón (An 1). La ciudad mencionada puede ser la homónima Etolia, lo que indicaría que se presentaba cierto peligro en la zona del Golfo de Corinto. Otra tablilla (An 610) contabiliza una lista de remeros incompleta que podía alcanzar un total de 600 o 700. Aún hay otra que menciona «remeros que están ausentes», sin especificar su número ni la causa de la ausencia.

Otro conjunto de tablillas, las denominadas *o-ka* (Chadwick, 1973; Mühlestein, 1956), refleja, al parecer, la organización defensiva del reino. En efecto, hay algunos investigadores que han defendido otras interpretaciones, como Deroy, para quien las tablillas encierran información sobre el sistema fiscal. Sin embargo, estas interpretaciones alternativas han gozado, con razón, de escasa fortuna y por ello es preferible entender asuntos militares en su contenido, como amablemente me han sugerido los Drs. Ruipérez y Melena.

A través de las tablillas sabemos que el total de individuos movilizados es escaso: sólo 800 para los 150 kilómetros de costa del reino (Chadwick, 1977, 221-222). Sin embargo, su función no debía de ser la defensa global del territorio, sino que constituirían una especie de cuerpo de vigilancia.

Ante esta información se han perfilado dos posiciones encontradas en la investigación. Por una parte, aquellos que ven un comportamiento normal en estos movimientos y que, por tanto, no proporcionan información sobre la situación final de Pilos. Por otra parte, aquellos que como Chadwick (1973) suponen que esas tablillas hacen referencia a una situación de alerta. En el estado actual de nuestros conocimientos quizá lo más prudente es la suspensión de juicio, pues la toma de partido parece más emocional que científica. Sin embargo, no se pueden pasar por alto las recientes precisiones de Baumbach (1983) al respecto: aunque supone que los remeros de An 610 son sólo 500, la suma de éstos con los 800 vigilantes da un total de 1300 hombres movilizados para lo que ella supone «defensa momentánea» del es-



Cerámica «filistea»
de Beth Shemesh
(Mitad del II milenio a.C.)

tado, cifra considerable —para una comunidad como Pilos— de hombres separados de sus funciones ordinarias. En apoyo de esta interpretación aduce la otra tablilla (An 1) en la que se reclutan 30 remeros de diferentes localidades, porque son ya los únicos disponibles. Quizá aquí, como en el caso de Ugarit, se ha forzado la documentación; sin embargo cabe la posibilidad de que en efecto las tablillas, que por separado no parecen alarmantes, al considerarlas en conjunto demuestren una planificación de la defensa general del territorio, es decir, una planificación del estado de emergencia.

Las palabras de Chadwick (1977, 224-225) siguen teniendo vigencia:

«lo que sucedió en realidad sigue siendo un misterio, un misterio desesperante. Todo lo que sabemos es que el palacio fue saqueado e incendiado. La ausencia de restos humanos sugiere que no tuvo lugar aquí resistencia alguna, probablemente tan pronto como se recibieron noticias de la derrota del ejército, o incluso antes, los habitantes no combatientes se habrían retirado al amparo de las montañas llevando con ellos unos pocos tesoros... Algo drástico debe haber ocurrido para explicar la precariedad de lugares que parezcan haber continuado en ocupación en la fase siguiente (HR IIIC)... Pero ¿quiénes eran los invasores?... es difícil descartar de nuestra cabeza... los «Pueblos del Mar», aunque no hay pruebas para incriminarlos.»

Por su parte, Bogazköy ha propor-

cionado una serie de documentos que si no están en conexión directa con la destrucción de Hattusa, al menos permiten obtener una visión de los últimos tiempos del Imperio más exacto de lo que dejaba entrever la arqueología. Estos textos han atraído la atención de los historiadores y recientemente se han dedicado varios estudios a ellos.

Dos son, inicialmente, los textos más atractivos. Por una parte, la carta Tawagalawa y, por otra, la Milawata. La primera hace alusión a la campaña de un rey hitita contra el país de Lukka donde un filibustero llamado Piyamaradu realiza sus fechorías. Probablemente los Lukka solicitan en primer lugar la ayuda del rey de Ahhiyawa, quien envía a la zona a su hermano Tawagalawa. Pero sus actividades debían ser similares a las de Piyamaradu, por lo que los Lukka dirigen ahora su petición de ayuda al rey hitita. Ante la nueva situación Piyamaradu promete vasallaje al rey de Hatti, pero por diversas vicisitudes termina despreciando la tutela hitita y dándose a la fuga (Singer, 1983, 209). Actualmente se acepta que el rey hitita aludido es Hattusil III. Esta carta que se aleja de nuestro horizonte cronológico es el documento más famoso que trata las relaciones de Hatti con Ahhiyawa y su interés para nosotros reside en la visión que ofrece de la inestibilidad político-militar de Anatolia Occidental. De hecho hay paralelos de actividades similares a las de Piyamaradu en personajes como Madduwata de la época de Arnuwanda III, auténticos *condottieri*, que provocan una gran inestabilidad en toda la región.

La carta de Milawata, recientemente reeditada con nuevos fragmentos (Hoffner, 1982), es el mensaje del rey

Cerámica bicroma "filistea"
de Beth Shemesh
(Mitad del II milenio a.C.)



hitita, quizá —como quiere Singer— Tudhaliya IV, a un vasallo occidental. De su contenido se deduce, frente a especulaciones anteriores, que Milawata nunca estuvo gobernada por los hititas, que el destinatario debía ser el rey del País del río Sheha y que Wilusha (tal vez la tróade) estaba en una situación muy inestable. En relación con toda esta situación hay una instrucción del propio Tudhaliya IV (KUB XXVI 12 + II 15') en la que el país de Lukka, al igual que Azzi y Kashka es considerado territorio enemigo. La última mención que conocemos de los Lukka es en el ataque que junto a los libios hicieron contra Egipto en la época de Mineptah.

Sin embargo, los mayores esfuerzos militares de Hatti en este momento y en la época inmediatamente posterior no se realizaban en la zona de Anatolia Occidental, sino en la frontera sureste donde trataban de repeler a los asirios y esta constatación es de gran importancia para los acontecimientos posteriores.

Por otra parte, la información literaria nos hace saber que había otra preocupación en Hatti en este momento. Una mala temporada de cosechas había provocado una crisis alimenticia que obligaba a solicitar ayuda exterior. La actividad de piratas (¿lukka?, ¿Pueblos del Mar?) en la zona comprendida entre Chipre, Anatolia y el Levante, dificultaba los envíos, lo que obligaría a una acción militar de carácter naval por parte de los hititas (*KBo* XII 38 III 1'15').

Este texto es fundamental para comprender el fin de la Edad del Bronce en el Mediterráneo Oriental. En esta tablilla están contenidas dos inscripciones distintas, pero estrechamente vinculadas. En la primera se relataría una victoria de Tudhaliya IV sobre Alashiya. La segunda recordaría la victoria de Subiluliuma II también sobre Alashiya, aunque Baurain precisa que la victoria de este segundo no se produciría en territorio enemigo, sino en la costa anatolia, adonde habían llegado los barcos de Alashiya.

Otro texto (*KBo* XII 39) contiene un tratado en Alashiya y un rey hitita, quizá Tudhaliya IV. En cualquier caso, de ambos textos parece inferirse que los hititas tenían verdadero interés por dominar Alashiya, aunque sin eliminar su papel en el equilibrio de fuerzas, como señala Baurain (1984, 282-285).

Los textos de Boğazköy presentan, por tanto, una dimensión distinta de los acontecimientos que estamos analizando, y desde su propia perspectiva enriquecen nuestros conocimientos sobre la época. Estos textos, que no poseen el dramatismo de los de Ugarit, ni la precisión sobre circunstancias ambiguas de las tablillas de Pilos, poseen sin embargo, el encanto de una información de difícil interpretación y que requiere una especial pericia para acoplarla en su contexto general.

En esta enumeración de textos no podía faltar, al menos, una referencia a los poemas homéricos. Es de sobra sabido que el tema de la *Ilíada* es la destrucción de Troya y desde Schliemann se ha intentado determinar cuál de las fases arqueológicamente detectadas en la ciudad y, en general, los investigadores convienen en aceptar que la Troya homérica correspondería a la que los arqueólogos denominan VII a. Naturalmente no faltan opiniones divergentes, e incluso se duda de la existencia de una «Guerra de Troya». No es éste el lugar para intentar establecer unos principios ante la confusión generada por los especialistas entre los lectores no muy experimentados. Y tampoco es mi interés entrar en la polémica que suscitan los poemas homéricos como testimonio histórico, pero creo que las posiciones hipercríticas provocan una dinámica de rechazo sistemático que no favorecen la posibilidad de penetración en los textos literarios en

busca de cierta luz histórica por tenue que sea.

Y, sin embargo, estoy convencido de que no se debe a la casualidad que los griegos de época histórica hayan conservado, como parte de su acerbo cultural, el recuerdo de la destrucción de la ciudad de Troya por sus antepasados aqueos. Como tampoco creo en la coincidencia de que un «genio» haya «inventado» la destrucción de la ciudad de Troya por los aqueos, sin que ello tuviera base histórica y se diese la circunstancia de que esa invención encajara bien en el rompecabezas de la destrucción de Troya. Pero prefiero esgrimir los argumentos de un autor que no se ha caracterizado precisamente por una postura acrítica con respecto al carácter histórico de los poemas homéricos.

En efecto, no le falta razón a Finley (1980, 195 ss.) cuando afirma que la Arqueología probablemente nunca podrá confirmar que un tal Agamenón capitaneó un contingente de aqueos para recuperar la honra perdida. Pero tampoco son ésos los extremos que le interesan (o que deben interesar) al investigador. Creo que lo importante es saber quién y por qué destruyó la Troya VII a. Un posible punto de partida puede ser el texto homérico. De él la respuesta al quién es evidente: los aqueos. La respuesta ofrecida al porqué es insatisfactoria y, por tanto, se debe abandonar ese camino. Ahora bien ¿cabe la posibilidad de que los aqueos destruyeran la Troya VII a.? Desde el punto de vista histórico es posible y la literatura próximo-oriental parece consolidar cada vez más esta visión. Ese es pues el dato que se puede retener de la *Ilíada* y, si es correcto, la contribución que este poema épico realiza al conocimiento histórico es innegable. Lo demás es harina de otro costal. Si la *Ilíada* lleva razón en los agentes de la destrucción de Troya VII a., los hipercríticos habrían impedido sacarlos del anonimato.

En apoyo, además, de esta interpretación podemos aducir el ciclo de los «regresos» o *nostoi*, que reflejaría la situación caótica de los estados micénicos tras la larga ausencia de los príncipes aqueos absortos en la destrucción de Troya. Este ciclo épico, al que pertenecería la *Odisea*, se ha perdido casi íntegramente y sólo tenemos referencias colaterales de su existencia. Sin embargo, ofrece una conexión extraordinariamente interesante, como es la vinculación de la destrucción de Troya con la caída de las casas reinantes en los distintos estados aqueos. Por tanto, la pretendida ficción de la guerra troyana pierde fuerza argumental y, en consecuencia, la tradición épica griega proporciona una nueva dimensión al problema general que estamos tratando.

En una línea de información similar, la *Biblia* nos da a conocer otro de los agentes de la catástrofe de 1200. Los filisteos, incómodos vecinos occidentales de los hebreos, son citados con frecuencia. Este pueblo se asienta en Palestina en un momento más reciente que los propios hebreos y la *Biblia* parece recordar hasta su lugar de origen, el país de Kaftor, de dudosa localización, aunque muchos pretenden que sea Creta. El nombre de los filisteos corresponde formalmente con el del pueblo al que los textos egipcios denominan *peleset*, pero sobre esta identificación volveremos más adelante. Ahora nos interesa retener que posiblemente otro de los Pueblos del Mar acabó asentándose en el litoral de Palestina, tierra a la que dio definitivamente su propio nombre.

Por proximidad geográfica y concordancia con lo anterior, convendría mencionar en este punto el cuento de Uenamón, que relata el viaje que desde Egipto realizó este funcionario del templo de Amón en Tebas a Biblos en la época de Herihor y Esmendes, *ca.* 1100 a.C. En él aparece asentado en la costa palestina otro de los pueblos mencionados en Medinet Habu, los

tjekker, con un puerto propio, Dor, y un sistema estatal de tipo monárquico.

Con este último texto egipcio concluyen las referencias literarias más o menos próximas al movimiento de los Pueblos del Mar. La información restante procede de fuentes mucho más recientes, con las dificultades inherentes o tal constatación. Si discutible es el contenido y significado de cuantos textos he presentado aquí, la polémica se acentúa considerablemente con respecto a los textos que vienen a continuación. Pero considero necesario que se tenga conocimiento de ellos para obtener una idea más precisa de los elementos con que contamos para la reconstrucción histórica.

Citaré, en primer lugar, un famoso texto de Heródoto (I, 94) que ha sido puesto en relación con la expansión de los Pueblos del Mar. Es aquél que expone la procedencia anatolia de los etruscos. El alto interés que tiene este pasaje justifica su incorporación:

«Y dicen los propios lidios que los juegos que ahora se practican entre ellos y entre los griegos, fueron también invención suya. Cuentan que estos juegos fueron inventados en su país por los tiempos en que colonizaron Tirrenia, y cuentan a este respecto lo siguiente. En el reinado de Atis, hijo de Manes, una terrible carestía se hizo sentir en Lidia. Durante algún tiempo aguantaron tenazmente, pero después, viendo que no cesaba, buscaron remedios y cada cual imaginó una cosa. Entonces fue cuando se inventaron los dados, las tabas, la pelota y todas las demás especies de juegos menos el del chaquete, pues la invención de éste no se la atribuyen los lidios. Y he aquí cómo se defendían contra el hambre con sus inventos; de cada dos días pasaban uno entero jugando para no pensar en la comida, y al día siguiente dejaban los juegos para alimentarse. De este modo vivieron hasta diez y ocho años. Pero como la plaga no remitía, antes bien se recrudecía cada vez más, al fin el rey dividió a todos los lidios en dos grupos y designó por suerte el que se quedaría y el que saldría del país. Y el rey puso al frente del grupo al que tocó en suerte quedarse allí, a sí mismo, y del que iba a emigrar, a su hijo, cuyo nombre era Tirreno. Y aquellos a quienes tocó salir del país bajaron a Esmirna, se procuraron navíos, embarcaron en ellos todos los bienes muebles que les eran útiles y se hicieron a la mar en busca de sustento y de una patria, hasta que, después de pasar de largo muchos pueblos, llegaron al país de los umbrios, donde fundaron ciudades y han habitado hasta el presente. Pero cambiaron su nombre de lidios por otro derivado del que tenía el hijo del rey que los había guiado; de él tomaron su nuevo nombre y se llamaron tirrenos.»

Independientemente de la posible relación de los *tyrsenoi* con los *trsh* que aparecen en los textos egipcios, es decir, uno de los Pueblos del Mar, creo más interesante en este momento llamar la atención sobre la causa de la emigración de una parte de los lidios: la carestía de alimentos. Ya se ha hecho alusión a que ésta constituye una de las pruebas más difíciles a las que se tiene que enfrentar el Imperio Hitita en sus últimos tiempos: probablemente otros sectores del Mediterráneo Oriental se vieron afectados de la misma manera por esta situación, lo que confiere un indicio de veracidad al polémico texto de Heródoto. En la situación actual no sabemos con seguridad si el historiador griego está en lo cierto, pero la noticia encaja bien en el contexto en que nos movemos, al margen de las matizaciones que requiere esta información, en la línea que van estableciendo los etruscólogos.

Aún hay otros textos que contribuyen a perfilar nuestros conocimientos sobre el problema que tenemos entre manos, pues ayudan a interpretar correctamente aspectos más o menos puntuales. Así, en relación con las destrucciones de las ciudades costeras de Siria ya señalé que los posteriores puertos fenicios no han ofrecido datos arqueológicos sobre su situación en torno a 1200. Ahora bien, una preciosa noticia de Justino (XVIII,

III, 5) nos hace saber que los sidonios, expulsados por un rey de Ascalón, fundaron Tiro un año antes de la caída de Troya. Desde Meyer, una parte de la investigación se inclina a pensar que los ascalonitas representarían a los filisteos y que, en consecuencia, el texto guardaría el recuerdo de una destrucción de Sidón y quizá de Tiro por los Pueblos del Mar en su paso hacia Egipto. No sabemos hasta qué punto es correcta esta información, probablemente la única confirmación posible proceda de la Arqueología, pero mientras tanto no resulta aberrante suponer que las ciudades portuarias sirias sufrieron destrucciones y más si tenemos presente el conocido caso de Ugarit.

Por último, dentro de esta recopilación de documentos posteriores a los acontecimientos que estamos tratando, conviene aludir a la famosa inscripción de Nora (*CIS*, I, 144), cuya cronología es debatida, aunque generalmente se acepta una datación en el siglo IX a.C. Según buena parte de los investigadores, en ella aparece el nombre de la isla como *be-shardan*, lo que ha sido utilizado como prueba para la identificación de los *sherden* con los habitantes de Cerdeña *post* 1200. Digamos simplemente que sirve de prueba acumulativa para esa interpretación que se verá más adelante, pero mientras no haya acuerdo sobre el contenido de la estela, el argumento no puede ser concluyente.

Aún se podrían aducir otros textos traídos por unos u otros al ruedo de los Pueblos del Mar. No creo que sea necesario prolongar esta enumeración; la mención de los textos menos significativos se realizará en el lugar correspondiente. Los que se han presentado hasta ahora son aquellos que debe conocer quien esté interesado en el tema que nos afecta. También han quedado al margen otros textos que citan a algunos de los Pueblos del Mar con anterioridad a la inscripción de Ramsés III en Medinet Habu. A ellos se hará alusión en el próximo capítulo al tratar de identificar a cada uno de estos pueblos.



Libios, sirios y negros prisioneros de Tutankhamon

IV. El problema de los Pueblos del Mar

A lo largo de las páginas precedentes se ha mencionado con frecuencia este término que constituye, por así decirlo, una especie de cajón de sastre para los problemas del paso de la Edad del Bronce a la del Hierro, tanto en el Mediterráneo Occidental como en el Próximo Oriente. Como ya he señalado, esta designación genérica es moderna y, por tanto, no tiene una equivalencia precisa con la imagen que los afectados pudieran tener de los causantes de sus desgracias.

Generalmente —excepción hecha de los investigadores más críticos— se ha venido admitiendo que los Pueblos del Mar fueron los agentes de todas las destrucciones que se han mencionado, pero esta asunción acarrea graves problemas y quizá el más flagrante sea la adjudicación a estos «intrépidos navegantes» de la destrucción de Hattusa, situado en Anatolia Central. Es conveniente, por tanto, ir diseccionando las parcelas de nuestro conocimiento ordenadamente para poder realizar una coherente reconstrucción histórica.

En consecuencia se va a considerar como Pueblos del Mar únicamente a aquellos expresamente mencionados en las fuentes egipcias (origen de todo este asunto), aunque el análisis nos llevará más lejos, sobre todo en el intento de la síntesis histórica.

1. Identificación

La inscripción de Ramsés III en Medinet Habu menciona los siguientes pueblos entre los atacantes: peleset, tjeker, shekelesh, denyen y weshesh. Ya se ha indicado que el Papiro Harris añade los shardana. Ahora bien, estos pueblos no constituyen más que una parte de lo que en general se admite como Pueblos del Mar, puesto que como tales se considera también a aquellos otros que, aliados de los libios, pretendieron invadir el Delta en el quinto año del reinado de Mineptah, en torno al 15 de abril de 1232/1220. Los shardana, los lukka, ekwesh, teresh y shekelesh constituyen este grupo de «norteños procedentes de todos los países». Los lukka son conocidos también por los textos de Ugarit y Boğazköy, en los que aparecen vinculados a otro pueblo, ahhiyawa, que completa la lista de los denominados Pueblos del Mar.

Por una simple cuestión cronológica convendría comenzar por los pueblos rechazados por Mineptah, conocidos por la inscripción de Karnak.

1) Los shardana (=sherden) son conocidos por otras fuentes como los textos ugaríticos y la correspondencia amárnica. Aparecen en la batalla de Kadesh combatiendo del lado egipcio, del mismo modo que en la época

de Ramsés III. Su característica distintiva desde el punto de vista iconográfico es el casco de cuernos. A partir de él se han propuesto procedencias diversas, como el Cáucaso (Strange, 1980, 157) o los Balcanes. Según Sandars, el casco de cuernos es bastante frecuente y aparece ya en Ur en el III milenio; sin embargo, se inclina a pensar que procederían de Siria del norte. Su nombre se ha puesto en relación con el de la isla de Cerdeña, que puede encontrar especial apoyo en la estela de Nora, pero esta identificación es problemática, porque aunque algunos autores leen en esta inscripción el nombre de la isla como be-shardan, no está nada claro que en efecto sea ésa la única o la mejor lectura del texto epigráfico fenicio más antiguo del Mediterráneo Central. Por consiguiente es preferible mantener en el ámbito de lo hipotético este argumento sobre la relación de los shardana con la isla de Cerdeña. Más convincente resulta la dependencia iconográfica de las figurillas de bronce nurágicas con respecto a las representaciones de los shardana conservadas en los relieves de Medinet Habu. Por esas figurillas que representan guerreros tocados con un casco de amplios cuernos, escudo redondo y variadas armas ofensivas se podría admitir una relación directa entre los shardana y los creadores de la cultura nurágica de Cerdeña. El problema en este caso radica en que la cultura de los Nuraghs es muy anterior al 1200, lo que equivaldría a admitir que el camino seguido por este pueblo no fue Próximo Oriente-Cerdeña, sino a la inversa y, en este caso, no se explica muy bien qué hacen unos individuos de Cerdeña en un conflicto próximo-oriental y no sólo una vez, pues ya se habían dado a conocer en Kadesh. Creo que es más probable que los creadores de la cultura nurágica no tienen nada que ver con la shardana. En todo caso, éstos habrían llegado a la isla en un momento de apogeo de la Edad del Bronce en Cerdeña y, puesto que no hay huellas de su llegada en el registro arqueológico de la isla, pronto habrían sido asimilados y absorbidos, de tal modo que su presencia sólo sería detectable a través de huellas marginales, como las representaciones de guerreros. A menos que, y como última alternativa, no hayan llegado hasta Cerdeña los shardana, sino su panoplia, que habría sido aceptada con facilidad en caso de haber dejado clara su superioridad como instrumentos de combate. Pero esta explicación tampoco es completamente satisfactoria, porque hay representaciones de guerreros muy parecidas en Chipre, por lo que la total desconexión no parece probable.

2) Los lukka también eran conocidos en época amárnica y combatieron junto a los hititas en Kadesh. Eran afamados piratas que operaban por la costa meridional de Anatolia y Chipre. Por los textos de Boğazköy da la impresión de que este pueblo poseía un territorio marítimo y que estaba configurado como un verdadero estado, aunque no tenemos ninguna información sobre el ordenamiento político lukka. La ubicación del país de Lukka es controvertida, en cualquier caso, en Asia Menor. Quizá sea correcta la interpretación de Baurain, según la cual el país de Lukka estaría situado al sur del mar de Mármara, pero como actuaban generalmente por el sur de Anatolia, por extensión esta zona también sería lukka. Su nombre ha sido puesto en relación con el de los licios históricos. Esta hipótesis goza de bastantes visos de verisimilitud (Lebrun, 1980) y por ello es aceptada por la mayor parte de los investigadores. Como consecuencia habría que admitir que sólo una parte de los lukka participa en los «raids» de los Pueblos del Mar y que el grueso de su pueblo permanece, con algún desplazamiento de escaso alcance, en el espacio geográfico en el que actuaban con anterioridad a la crisis del 1200.

3) Ekwesh (=Akawasha) han sido identificados con los ahhiyawa de los textos hititas y ugaríticos. Ahhiyawa era un estado situado al oeste del territorio hitita. Su localización exacta es discutida. Para unos sería la tróade y para otros todo o parte del mundo micénico. El nombre de este pueblo ha sido identificado con los 'Αχαιοι, es decir, con los griegos micénicos. A pesar de la oposición de los investigadores más reticentes, parece cada vez más sólida la ecuación ahhiyawa = aqueos. Algunos especialistas, como Strobel, sitúan Ahhiyawa en la costa occidental de Anatolia. Aquí cabría una posible solución de compromiso, pues en esa costa habría establecimientos comerciales aqueos, como Mileto (¿Millawanda?), que consecuentemente serían Ahhiyawa, pero nada más que una parte de Ahhiyawa. Otros autores prefieren, como ya he señalado, identificar este pueblo con el que vivía en la Tróade, de tal modo que Troya (cuyo nombre hitita ignoramos) sería la capital de Ahhiyawa (ésta, según Baurain, sería la Ahhiyawa «objetiva»). El occidente micénico, con el que comercia Troya (que quedaría anónimo para los hititas), sería —por extensión— asimismo Ahhiyawa (la «subjetiva», de Baurain). No estoy de acuerdo con esta interpretación porque aparenta demasiada ignorancia geográfica por parte de los hititas, que parecen habitualmente bastante bien informados. Pero es que, además, resulta demasiado artificioso. Por ello creo preferible aceptar con Güterbock (1983) y Vermeule (1983) que Ahhiyawa es el nombre de los griegos micénicos en hitita y que el nombre de Troya corresponderá a algún otro de los pueblos mencionados en los textos de Boğazköy y situados al occidente de Hatti, por ejemplo, Wilusha (=¿Ilión?).



Guerreros Sherden en la batalla de Kadesh
Medinet Habu
(1195-1164 a.C.)



Barco egipcio en la batalla del Delta contra los Pueblos del Mar
Medinet Habu
(1195-1164 a.C.)

Ahora bien, el paso siguiente, la identificación de los aqueos con los ekwesh plantea una dificultad aún no resuelta, pues éstos —según informan los textos de Mineptah— estaban circuncidados, lo que supone una grave contrariedad con el carácter indoeuropeo de los aqueos. A pesar de ello, muchos investigadores aceptan la identificación y, por ejemplo, Sandars sitúa el origen de los ekwesh en el Egeo Oriental y Strange los hace venir de Rodas o de todo el mundo micénico.

4) Teresh (=Tursha). Un texto de Tudhaliya IV menciona a los taruisha que pudieran ser la versión hitita del egipcio teresh. Taruisha se localizaría al norte de Assuwa, cerca de la tróade, aunque otros prefieren Lidia, para hacer coincidente la noticia de Heródoto (I, 94), a la que ya se ha hecho alusión. Si así fuera habría una conexión directa con los etruscos: teresh-

taruisha-tyrsenoi. El problema de la identificación de los teresh con los etruscos es complejo y, a pesar de la oposición generalizada de los especialistas, en especial de los etruscólogos, como afirma Baurain, el origen anatolio presentado por Heródoto está lejos de haber sido puesto en verdadera dificultad.

Pero aún hay otra línea de investigación que ha llegado más lejos. Schulten (1971) propuso que de la raíz *trsh* derivaban tanto el griego tyrsenoi=etruscos, como el nombre del pueblo meridional de la Península Ibérica, conocido por los hebreos, a través de los fenicios, como Tarshish y por los griegos como Tartessos. La hipótesis no tuvo éxito en los medios científicos y, aparentemente, hoy está olvidada, aunque Montenegro (1972) ha seguido manteniendo la idea de la llegada de los Pueblos del Mar a la Península Ibérica.

5) Shekelesh. Al igual que los sherden se han puesto en relación con Cerdeña, los shekelesh lo han sido con Sicilia, donde los griegos a su llegada habrían encontrado una población de nombre *siculoi.* A partir de ahí algunos autores han propuesto que Silicia era su patria de origen, pero la opinión general ahora es que aquella isla sería su lugar de llegada, mientras que su punto de partida estaría en Anatolia. El problema de la llegada de los shekelesh a Sicilia estriba en la ausencia de documentación arqueológica que confirme tal llegada, que, por otra parte, resulta aún más hipotética que la de los shardana a Cerdeña.

Estos cinco pueblos son los que aparecen en la lista de Karnak, correspondiente al ataque rechazado por Mineptah en su quinto año de reinado.

La lista proporcionada por Medinet Habu difiere considerablemente de la de Karnak. Tan sólo repiten los shekelesh, aunque es altamente probable que los shardana participaran en la contienda tanto del lado de Ramsés III, como del enemigo. Ha llamado la atención entre los investigadores la ausencia de los ekwesh (=¿ahhiyawa?) y de los lukka en la campaña de Ramsés III. La explicación habitual es que tanto unos como otros se hallaban en aquel momento en una situación de extrema gravedad, según parecen indicar los textos de Ugarit y Boğazköy. Pero en el caso de los ahhiyawa aún cabe otra explicación adicional, según la cual éstos, que constituían el mayor contingente del ataque contra Mineptah, en realidad encerraban bajo esa denominación un conglomerado de distintas tribus desdobladas en la inscripción de Medinet Habu, específicamente al menos, denyen y tjeker. Si Ahhiyawa no aparece como tal es porque ya había sufrido el colapso (Baurain, 1984).

De la lista de Medinet Habu se obtiene el siguiente resultado:

6) Peleset. Fue el primero de los Pueblos del Mar al que se buscó una identificación con otro pueblo histórico. La proximidad onomástica hizo que pronto se aceptara que los peleset de los textos egipcios no eran más que los filisteos de los que habla la *Biblia.* Esta ecuación es, sin duda, la más sólida de cuantas se han establecido en torno a los Pueblos del Mar y son pocas las voces disonantes en este acuerdo. Los peleset son desconocidos en los textos hititas, que, por tanto, no contribuyen a localizar su origen. Como consecuencia, éste es muy controvertido. Los textos bíblicos indican que los filisteos procedían de Kaftor, cuya localización es asimismo incierta; probablemente Creta, como pretende la mayor parte de la investigación, aunque los argumentos en contra de Strange son muy sólidos. Pero, desde luego, lo que no se acepta es que los peleset fueran los habitantes de Creta en la época inmediatamente anterior a la crisis del 1200 (Mulhy, 1984; Vandersleyen, 1985). Algunos autores consideran que hay una gran proximidad entre la cultura

material micénica y la de los filisteos. Sin embargo, Sandars niega una procedencia europea o egea y se inclina por el norte de Siria-Anatolia o las estribaciones del Cáucaso. Cabe incluso la posibilidad de que procedentes de alguno de los lugares indicados recalaran más o menos temporalmente en Kaftor, identificado por Strange con Chipre, donde no habían dejado huella arqueológica; se trata, en el fondo, de buscar una salida a la información que proporciona la *Biblia*. Lo que sí parece bastante probable es que se asentaron en Palestina, a la que dieron su nombre, estableciendo allí una pentápolis, cuyas ciudades —curiosamente— no están precisamente volcadas al mar, lo que hace especialmente sospechosa la relación de este pueblo con las actividades marítimas que se atribuyen a los Pueblos del Mar.

7) Tjeker. Han sido puestos en relación con Teucro —el legendario fundador de la Salamina chipriota— y héroe epónimo de los teucroi, que habitarían la tróade. Por tanto, el origen de este pueblo estaría en Asia Menor. En el cuento de Uenamón encontramos asentado este pueblo en el puerto palestino de Dor. La vinculación de tjeker y peleset es tan estrecha que son difícilmente distinguibles, aunque considero que debía de haber gran diferencia entre ellos si los peleset no eran navegantes, pues la fama de los tjeker es de piratas. Por lo demás, este pueblo también es mencionado en los textos de Boğazköy.

8) Denyen. También estarían vinculados a Asia Menor si se acepta la identificación con los danuna de las cartas de El-Amarna. Sandars los sitúa al SO. de Anatolia o en Hattay, al norte del Orontes. Este pueblo es vinculado por algunos autores a un personaje conocido en hitita como Mukshush, Mpsh en fenicio y Mopsos en griego, aunque la relación parece dudosa. A pesar de esto, se mantiene la vinculación de los denyen con el mundo aqueo por la similitud de su nombre con los danoi, forma alternativa para la denominación de los griegos micénicos. El destino de este pueblo nos es desconocido, aunque Yadin ha propuesto una atractiva hipótesis al defender que los danuna/denyen se asentarían en Palestina entre los tjeker y los peleset. Presionados por éstos terminarían penetrando hacia el interior del territorio, donde encontrarían a los hebreos y tras su yahvización se convirtirían en la décimo segunda tribu de Israel, la tribu de Dan. Esta hipótesis no ha encontrado seria oposición en el medio científico. En consecuencia, se podría dar la extraña circunstancia (si dnyn=danoi =dan) de que griegos micénicos se asentaran en Palestina en la ajetreada secuencia del 1200 y que tras un intenso contacto con los hebreos, terminaran convirtiéndose en una de las doce tribus de Israel.

9) Weshesh. Es sin duda el más enigmático de estos pueblos. Generalmente se ha venido aceptando algún tipo de vinculación con la Wilusha de los textos hititas, situada en Anatolia SO. o con Ilión-Troya. Goergiev introduce un nuevo elemento al plantear la posibilidad de que Wilusha sea la propia Ilión. Se aprecia, en general, un intento desesperado por determinar cuál de los nombres geográficos hititas corresponde a Troya. Pero como afirma Lebrun (1980, 73), «querer establecer a toda costa una relación entre el nombre *Ilión* y el hitita *Wilušha* o entre *Troya* y el hitita *Tarwišha*, me parece prematura y no sólidamente fundada en el momento actual».

Todas estas identificaciones son altamente especulativas y me llama especialmente la atención el hecho de que casi todos los Pueblos del Mar terminen prestando su nombre a un espacio geográfico en el que se supone que se asientan. Así los peleset bautizarían a Palestina, los lukka a Licia, los shardana a Cerdeña, los



Dios guerrero de Sulcis. Cerdeña (Siglo VIII a.C.)

shekelesh a Sicilia, los teresh a Etruria, etc. Y esto pone aún más de manifiesto el artificio con que se han buscado sus identificaciones, que dependen casi exclusivamente del parecido de los nombres. Ahora bien, la profundización del estudio de esas identificaciones ha proporcionado nuevos elementos de juicio que impiden un rechazo radical de las mismas. Y no es que crea que éstas son falsas, creo que el método no ha sido riguroso, aunque en ocasiones haya proporcionado un resultado correcto. En consecuencia, su aceptación o no supera, en muchos casos, los criterios de la razón.

Sin duda, y como ya he adelantado, el caso de los peleset = filisteos sea el más sólido. Todos los demás presentan dificultades de algún tipo. Por ejemplo, cronológicas, como ocurre con los shardana y a las que ya he aludido, o con la vinculación de los teresh con los etruscos. El horizonte arqueológico «etrusco» no es perceptible hasta el siglo VIII. Con anterioridad a esa fecha el registro arqueológico de la Península Itálica no documenta la presencia de «orientales» (excepción hecha, naturalmente, de los micénicos). ¿Qué ha ocurrido con los teresh desde el año 1232/1220? El problema se agrava por la ausencia de teresh en la inscripción de Ramsés III, aunque cabe la posibilidad de que participaran en la contienda, pues pueden estar representados en los relieves. Quizá sea una exigencia excesiva solicitar de la arqueología la ratificación de la presencia de uno de los Pueblos del Mar en Etruria, no hay que olvidar la famosa expresión acuñada por Trigger (1968) de «migraciones arqueológicamente invisibles». En cualquier caso el dato de Heródoto no puede ser desechado a la ligera. En cuanto a su vinculación con Tartessos el asunto es aún más especulativo, aunque cabe la posibilidad remota de la llegada a la Península Ibérica de algún grupo desgajado de

los Pueblos del Mar y de composición heterogénea, según veremos más adelante.

Que los lukka estén relacionados con los posteriores licios puede ser incorrecto, pero tampoco resultaría extraño lo contrario y el segundo caso goza del privilegio de la proximidad de los nombres. Tanto es así que para algunos autores, como Lebrun (1980), no plantea ningún tipo de problema, pues llega a afirmar que el greco-asiático Lykia es el resultado del término lukka.

Finalmente quedan cuatro grandes pueblos, ekwesh, tjeker, denyen y weshesh, que de un modo u otro han sido puestos en relación con Ahhiyawa o, directamente, con el mundo micénico. A mi modo de entender la vinculación micénica con los Pueblos del Mar es cada vez más clara. Ahora bien, resulta difícil atribuir una identificación segura de uno de estos cuatro pueblos con los aqueos. Quizá el caso de los denyen sea el más evidente y haya que ver en él a los dánaos. Los tjeker cada vez se perfilan con mayor claridad como elementos próximos a los ahhiyawa, según se ha señalado antes, y su vinculación con el mundo griego procede de la proximidad de su nombre con el héroe epónimo Teucro. Pero, al mismo tiempo, el análisis onomástico acerca a los ahhiyawa al mundo aqueo. No se puede olvidar que nombres como el ya mencionado de Tawagalawa encuentra su exacto paralelo en el greco-micénico Etefoklelēs (= Eteocles) (Lebrun, 1980). En este sentido, si weshesh es igual a Wilusha, el parentesco con los greco-micénicos parece evidente: un Alakshandus no es otra cosa que el griego Alexandros (Lebrun, 1980). Creo que es suficientemente elocuente esta penetración de onomástica aquea en Anatolia y no se puede en-



Prisioneros de los Pueblos del Mar.
A la izquierda un Tjeker y a la derecha un Shardana. Medinet Habu (1195-1164 a.C.)

tender sin una vinculación más estrecha que la mera presencia de emporios comerciales, como pudiera ser el discutido caso de Millawanda/Millawata/Mileto. Esta constatación no autoriza a pensar que pudiera haber una intensa mescolanza étnica o lingüística y que en consecuencia cualquier localización de estos pueblos sea válida o que Troya sea identificable con cualquiera de ellos. Quiero decir que, aprovechando esta nebulosa situación, no se puede concluir que Troya fuese lo mismo que Wilusha, Ahhiyawa y Wesjesh al tiempo. Por cierto, y al hilo de la onomástica, la presencia hitita en Troya parece evidente —y quizá la desconexión con Ahhiyawa— si consideramos ese extremo. En efecto, Príamo parece llevar, según Lebrun, un nombre procedente del hitita Pariyamuwa, algo así como esperma de alta calidad, lo que coincide con sus atributos épicos en la *Iliada*. De todo esto se desprende la utilidad de la onomástica como vía de penetración auxiliar en el tenebroso tema de los Pueblos del Mar. Ahora bien, como se señaló páginas atrás, los ekwesh aún tienen un tema pendiente para ser identificados con los aqueos: el de su circuncisión.

2. Origen

Al tratar de identificar a los pueblos que atacaron Egipto bajo el reinado de Mineptah I y de Ramsés III después, se ha hecho referencia a su lugar de procedencia. Me interesa aquí recordar que prácticamente todos los pueblos involucrados pertenecen a la región de Anatolia Occidental-Egeonorte de Siria, pero estas procedencias son bastante dudosas en muchos casos. La reunificación de todos estos pueblos en una zona tan restringida ha sido una de las grandes aportaciones de Strobel y Sandars y la constatación de ese origen cercano de los Pueblos del Mar ha conducido a buscar las causas de sus desplazamientos en la situación interna del Mediterráneo Oriental en ese momento. Esa es la tendencia actual de la investigación que, por otra parte, ha dado fructíferos resultados. Como contrapartida se ha abandonado la investigación de las causas de larga distancia, que constituían la base de la interpretación tradicional sobre los Pueblos del Mar. En consecuencia, hemos avanzado mucho por un lado, pero el otro está estancado. Nada se puede reprochar a la tendencia actual, pues si los Pueblos del Mar son los mencionados en las fuentes egipcias, lo que se ha hecho ha sido otorgarles una patria de origen —por discutible que sea—. Pero, desde mi punto de vista, el descubrimiento del origen próximo de estos pueblos —de hecho casi todos eran conocidos ya por otros testimonios del II milenio— ha conducido a investigar sólo una parte de las causas de su desplazamiento, en detrimento de la otra que había ocupado un lugar exclusivista en la tradición investigadora anterior. Por ello considero necesario llamar la atención sobre el fenómeno y retomar la conexión europea: la determinación del origen de los Pueblos del Mar, tomados en sentido estricto, en una región no alejada de su escenario de acción, no debe impedir la búsqueda en zonas más lejanas de la causa por la cual esos pueblos se pusieron en movimiento.

3. Causas de su desplazamiento

En efecto, creo en la existencia de dos tipos diferentes de causas que provocan el movimiento de los denominados «Pueblos del Mar» y, en consecuencia, la crisis del 1200.

Por una parte, hay una serie de factores de diferente índole —climáticos, económicos, políticos— que provoca una inestabilidad en el Mediterráneo Oriental decisiva en el desencadena-

miento de los acontecimientos. Pero este conjunto de causas que podríamos denominar «internas», no explica la totalidad de los fenómenos que se han detectado (por ejemplo el colapso del mundo micénico, la destrucción de Hattusa o la presencia en Troya de cerámicas de tipo tracio, por no hablar del fenómeno más global de «indoeuropeización» de territorios tan alejados como la Península Ibérica y el altiplano iranio en un horizonte cronológico próximo). Falta, por tanto, una explicación totalizadora, es decir, un análisis de las causas de largo alcance, en la que queden insertadas las causas internas.

Comenzaré por las causas internas para remontar después hacia las de largo alcance.

Desde que Carpenter propuso la causa climática para la explicación del fin del mundo micénico, el cambio climático ha sido empleado como argumento para encontrar una de las causas de la situación *ca.* 1200. En opinión de muchos autores ese cambio afectaría a la producción agrícola que se vería empobrecida por la larga sequía y tendría como consecuencia la aparición de unas décadas de hambre que afectarían a toda la región, según se aprecia tanto en los textos de Bogazköy, como en los de Ugarit.

A este fenómeno natural de desestabilización hay que añadir los factores económicos y políticos. Analizaré a continuación la reconstrucción elaborada por Baurain, que me parece la más satisfactoria por el momento.

Es conveniente remontarse al reinado de Tudhaliya IV (*ca.* 1265-*ca.* 1235), cuando los asirios comienzan una peligrosa política expansionista. La reacción del rey hitita consistió en un bloqueo económico que conocemos por el tratado que firmó con su aliado y subordinado Shaushgamuwash, rey de Amurru (el país de Amor mencionado en la inscripción de Ramsés III):

«Puesto que el rey de Asiria es el enemigo de mi Sol, que también sea tu enemigo. Que tus comerciantes no vayan a Asiria y no aceptes a sus comerciantes en tu país. Que ni siquiera transiten. Si alguno, a pesar de todo, va, detenedlo y enviadlo a mi Sol. En el momento en que el rey de Asiria comience la guerra, si mi Sol reclama tropas y carros, entonces reúne tus tropas y tus carros.»

La prohibición de comercio que Tudhaliya notificaba al rey de Amurru también se aplicaba a los barcos ahhiyawa. Este tratado tendría lugar entre 1244 y 1240 y estaba destinado a impedir el abastecimiento de los asirios por el norte de Siria. Por esa misma fecha empeoraron las relaciones entre Hatti y Ugarit, cuyo nuevo rey, Ibiranu, no parecía colaborar en el grado deseado por Tudhaliya. Las causas de la nueva situación se desconocen, aunque cabría mencionar los efectos económicos negativos que habría provocado en Ugarit el bloqueo antiasirio y, sobre todo, la intención de conquistar Alashiya (=Chipre) que planeaba Tudhaliya y para la que era necesaria la intervención ugarítica, como máxima potencia marítima aliada a Hatti que no contaba con flota propia.

La operación de Tudhaliya contra Chipre (1235 ?) no ha encontrado aún una explicación satisfactoria. Según Baurain estaría relacionada con la eficacia del bloqueo económico contra Asiria, pero no se resuelve la causa de una medida extraordinaria contra ese estado mientras que con otros es suficiente la vía diplomática.

Tras la conquista de Chipre, ésta respetó mejor que Ugarit el bloqueo, lo que obligaría a Subiluliuma II a deponer a Niqmadu III y colocar en su lugar a Hammurabi, último rey conocido de Ugarit. El éxito de la operación parece atestiguado por la ausencia de cerámica micénica tardía III C 1 *a* tanto en Ugarit como temporalmente en Chipre. Sin embargo, hacia 1210 la barrera se rompió: los hititas

se retiraron de la isla, que sufrió saqueos y destrucción; pero esta oleada afecta también a Ugarit, que como hemos visto no se recupera del golpe. Los asaltantes, sin embargo, sí se asentaron y muy pronto en Chipre, según puede apreciarse en Sinda, donde introducen la cerámica LH III C 1 *a*. Enkomi y Kition también fueron modificadas antes de que concluyera el siglo XIII.

Mientras tanto, hacia 1240/30 caía la Troya VII *a*. Los agentes de esta destrucción parecen con claridad los micénicos y la causa tradicionalmente aceptada es el deseo de eliminar al intermediario troyano de los clientes situados al otro lado de los Dardanelos. Quizá sea más aceptable suponer que los aqueos querían acabar con las acciones piratas de los lukka y los ahhiyawa (mientras se identifiquen con los troyanos) o incluso que querían abrirse paso a toda costa contra el bloqueo impuesto por Tudhaliya.

La destrucción de Troya supuso la diáspora de sus aliados. La tierra, agostada por la larga contienda no ofrecía posibilidad de supervivencia, las ciudades arrasadas no proporcionaban el menor abrigo, la catástrofe había demostrado la inseguridad de los asentamientos. Cada uno de los componentes del catálogo troyano salió en busca de nuevas tierras hacia 1235. Chipre bajo la tutela hitita no era presa fácil, por lo que estos apátridas se dirigirían a Libia, donde se planearía el ataque contra Egipto rechazado por Mineptah. Entre estos pueblos del norte, llegados de todos los países se encuentran los ya conocidos ekwesh, teresh, lukka, shardana, shekelesh. De ellos los más numerosos son los ekwesh, que fueron hechos prisioneros en un número superior a 2000.

En consecuencia, los micénicos, al abatir la potencia troyana, pusieron en marcha un proceso que los superaba con mucho, que no fueron capaces de dominar y ni siquiera de controlar su evolución.

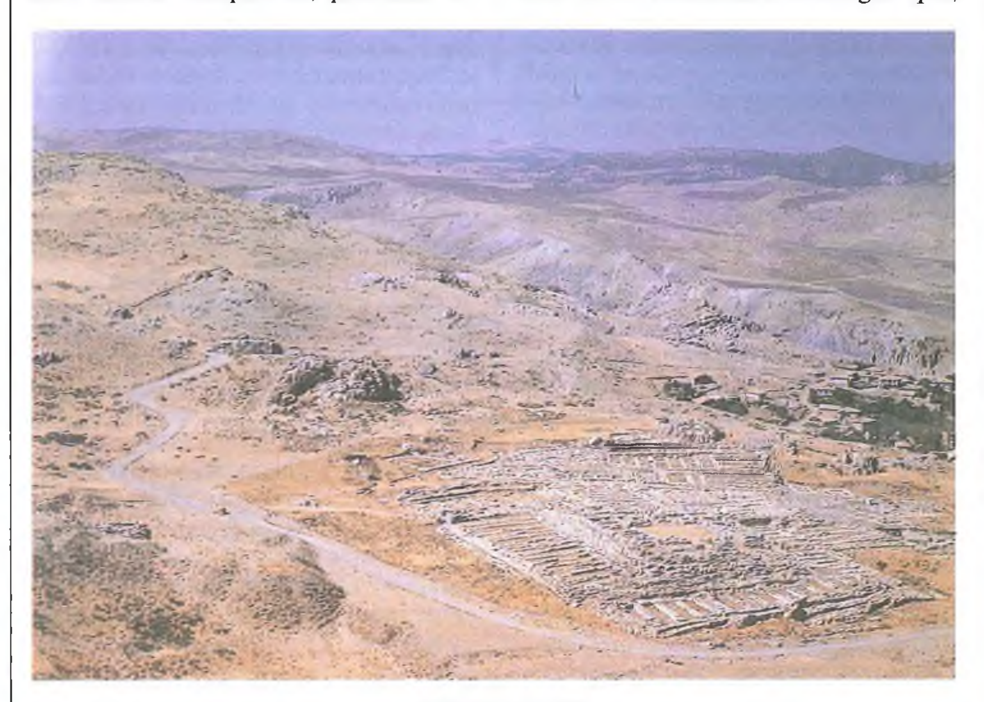
Es más, víctimas de su propio poder, los aqueos habían plagado el Egeo de desarraigados que buscaban desesperadamente su supervivencia. El mundo micénico, compuesto por dispersos centros urbanos presentaba una difícil defensa. Los distintos palacios fueron cayendo abatidos por quienes habían sufrido la misma desventura a manos de sus actuales víctimas. Así, el fin del LH III B podría situarse entre 1235 y 1230. La oleada destructora continuó y alcanzó Chipre y Ugarit hacia 1210 según se ha señalado antes; ahora vendría engrosada por grupos de aqueos, que abandonando sus palacios destruidos, se lanzarían a la aventura pirática.

Por su parte, Hatti se encontraba envuelta en otro frente potencialmente más grave. Subiluliuma II realizaba una campaña con su ejército y algunos aliados, como el de Ugarit, en el Zagros. Mientras, la flota ugarítica trataba de contener a los lukka. En tales circunstancias el rey hitita recibe la noticia de la caída de Chipre y la grave situación de Ugarit. Inmediatamente se pone en camino y ordena el regreso de la flota. El ejército de Subiluliuma alcanza Cilicia pero tiene graves problemas de abastecimiento por la carestía alimenticia en la zona y reclama que se envíe un barco con alimentos de Mukish a Ura. Pero Mukish parece ser el lugar escogido por el enemigo para desembarcar. El rey hitita logra, mediante una maniobra naval, cortar al enemigo que ya había desembarcado y, con ello, una victoria: aunque demasiado tarde para Chipre, de donde el último mensaje recibido corresponde a la carta de *Pgn*, y también para Ugarit.

Hasta aquí llega la brillante reconstrucción de Baurain, que sin embargo, presenta algunos problemas. Por ejemplo, si Troya es atacada por impedir la normal actividad comercial aquea, supondría que ésta pasa-

ba necesariamente por Troya, lo que deja en difícil situación a los *emporia* comerciales aqueos de Anatolia, como Mileto. Por otra parte, la función de Troya está aún por explicar y más si se tiene en cuenta la ausencia de cerámicas de importación en Hattusa. Pero además, si tan importante era Troya para Hatti por qué Tudhaliya IV no interviene en el conflicto aqueo-troyano, que según este autor concluiría el mismo año en que el rey hitita decide tomar Chipre. Y, pasando al terreno contrario, cómo puede explicarse el derrumbamiento tan fulminante del mundo micénico sin un factor convergente, como un elemento bélico procedente de los Balcanes. Pero al margen de estos y otros problemas, la reconstrucción general puede ser continuada gracias al texto de la inscripción de Medinet Habu.

Si hacia 1210 Subiluliuma logra una victoria sobre los Pueblos del Mar, ésta no fue más que pasajera. En algún momento posterior Hatti sucumbiría también y, según dicha inscripción, a manos del mismo adversario. Una aplastante victoria de los Pueblos del Mar frente al ejército hitita en la zona de Cilicia habría dejado indefensa a Hattusa, abandonada a su propia suerte y presa de las ambiciones de enemigos internos o externos. Es decir, el ejército imperial es el que sucumbe a manos de los Pueblos del Mar, pero éstos no tuvieron por qué desplazarse hasta la capital. Hattusa tenía suficientes enemigos que, viéndola indefensa, pudieran dar buena cuenta de ella. En cuanto a los Pueblos del Mar, tras su victoria sobre el ejército hitita, pondrían rumbo al sur divididos en dos contingentes, uno terrestre, que recorrería territorios ya saqueados y que aún acabaría con otros, como Amurru, y otro marítimo. Su destino final parecía ser Egipto, donde tenían intención de instalarse, según se desprende del bagaje que los acompañaba. Pero Ramsés III había establecido una sóli-



Vista de Hattusa

da defensa y consiguió rechazarlos.

Lo que sucedió a continuación ha sido ya en parte adelantado, pero es conveniente sistematizarlo en un nuevo apartado.

4. Su destino

Algunos pueblos del conglomerado derrotado por Ramsés en su octavo año de reinado se asentaron en la región costera de Palestina, como los peleset, los tjeker y denyen. La forma en que se produjo ese asentamiento no es clara. Es posible que los instalara el propio faraón con la intención de que defendieran el costado oriental del Delta contra posibles invasiones. Según otros, la instalación habría sido violenta y serviría de testimonio de la debilidad egipcia, que veía impotente cómo sus adversarios ocupaban parte de sus dominios palestinos.

Otro grupo de pueblos se dirigió al parecer hacia el Mediterráneo Central, estableciéndose en diferentes puntos. Así, los shardana acabarían en Cerdeña, los teresh en Etruria y los shekelesh en Sicilia. El destino de los lukka, ekwesh y weshesh es desconocido. Es posible que una parte de los lukka permaneciese en la zona de Asia Menor dando origen a los licios históricos; los otros pueblos, quizá menos numerosos, quedarían integrados en el seno de los más amplios, que por ese motivo habrían dejado recuerdo de su existencia en época posterior. Es decir, no creo que hubiera una distinción nítida entre los diferentes grupos después del rechazo de Ramsés III; si unos otorgaron su nombre a un lugar y otros a otro diferente, seguramente es consecuencia de la importancia de cada contingente que se asentaba en un territorio. Y pienso que cuanto más nos alejamos del foco de irradiación, mayor es la mezcla. Si verdaderamente se produjo esa diáspora hacia Occidente, su composición debía ser extremadamente heterogénea. Entre ellos habría semitas, procedentes de las regiones arrasadas de la zona sirio-palestina, indoeuropeos micénicos y quizá hititas, preindoeuropeos anatolios, etc. Y, sin embargo, su número sería muy reducido, pues fueron incapaces de dejar huella en el registro arqueológico de los lugares en los que se asentaron. Se puede suponer que pronto serían asimilados o, mejor, absorbidos por las poblaciones autóctonas. Y, sin embargo, fueron tan potentes que lograron imponer nítidamente su nombre a las regiones que les dieron cobijo. No resulta fácil, ciertamente, asumir tanto conflicto sin mostrar una mueca de escepticismo.

5. Situación internacional tras la crisis

El mapa político del Mediterráneo y del Próximo Oriente se dibuja con perfiles bien distintos a los que trataba de recrear en el primer apartado.

En el mundo griego, con la caída de los palacios micénicos desaparece la estructura estatal y algo tan íntimamente relacionado con ella como es la escritura. De esta forma la Historia de Grecia se sumerge en la Edad Oscura, en la que permanece hasta que obtiene de nuevo estructuras estatales —la polis— y recupera con ellas la escritura. Por la desintegración de los estados micénicos produjo la diáspora, recordada en la literatura legendaria, cuya consecuencia más evidente es la colonización de Asia Menor.

La desaparición del mundo hitita provoca un vacío de poder en toda la región de Anatolia Central, que no será cubierto hasta que se instalen los nuevos pobladores frigios, a los que con frecuencia se ha atribuido la destrucción de Hattusa, pero cuya presencia en la región no se documenta hasta una época más avanzada. Probablemente, la llegada de los frigios está conectada a otros movi-

mientos de pueblos y no directamente a la de los Pueblos del Mar. Por tanto, tras la caída del Imperio Hitita desaparecen las estructuras estatales en Anatolia Central y no reaparecerán hasta la creación de los reinos frigios a partir de finales del siglo IX.

El fenómeno es similar en la zona limítrofe del sur de Anatolia y el norte de Siria, donde surgirán unos estados altamente deudores de la cultura hitita y que por ello conocemos con el nombre de reinos neohititas. Estos reinos se van configurando paulatinamente, desde unos momentos ligeramente posteriores a la crisis, hasta finales del siglo IX a.C.

Con mayor celeridad, al parecer, se recuperan las ciudades cananeas marítimas, que a partir de ahora se denominan fenicias, excepción hecha de Ugarit que no volvería a resurgir de sus cenizas. La precaria situación de sus vecinos y su espectacular adaptación a los nuevos tiempos les permitió una rápida expansión comercial por el Mediterráneo, cuya trascendencia histórica es innegable.

Más al sur se organizaban las comunidades filisteas en un potente sistema político basado en su pentápolis. Cerca, los hebreos recientemente instalados en la tierra de Canaán daban sus primeros y tímidos pasos hacia una organización estatal por encima del marco tribal en el que habían vivido hasta entonces. Precisamente la hostilidad con los vecinos filisteos y la capacidad militar de estos últimos va a precipitar una transformación radical en el ordenamiento político de los hebreos, provocando la aparición de la monarquía como forma de estado, a pesar de las corrientes ideológicas más integristas.

Al norte de Palestina y hasta la zona de los estados neohititas se habían asentado los arameos. Este es un pueblo de oscuro origen que hablaba una lengua emparentada con los dialectos semitas del este de Siria. La primera noticia que tenemos de ellos es de la época de Tiglat-Pileser I, en la que aparecen asociados a los ahlamu devastando el territorio de la alta Mesopotamia. Este pueblo, que contribuyó a la caída de la dinastía casita de Babilonia y que estuvo a punto de acabar con la independencia política de Asiria, terminó asentándose, al menos parcialmente, en la región de Siria y organizó sus propias entidades estatales, como el reino arameo de Damasco y los que hacia mediados del siglo X había logrado establecer en los territorios ocupados por los neohititas, como el reino de Bit-Adini. Pero quizá lo más sorprendente de las invasiones arameas del siglo XI, que muchos consideran consecuencia de las de los Pueblos del Mar, es que a pesar de ser culturalmente inferiores a sus víctimas, logran imponer su lengua como vehículo de expresión habitual en todo el Próximo Oriente Asiático, llegando a desplazar al hebreo en Palestina —donde en la época del Alto Imperio romano aún se hablaba arameo— y convirtiéndose en la lengua de la cancillería persa.

Finalmente, queda por mencionar Egipto, el único estado que había logrado rechazar a los invasores. Pero el Nuevo Imperio se va agostando incapaz de propiciar una renovación. Ramsés III es el último de los grandes faraones y tras su reinado Egipto no conseguirá recuperar su otrora privilegiada situación en el concierto internacional.

Si la historia política de la segunda mitad del II milenio en el Próximo Oriente había estado a merced de la voluntad de las dos grandes potencias del momento, Hatti y Egipto, con sus estados satélite y la permanente amenaza asiria, tras la crisis del 1200 será precisamente Asiria la que marque el ritmo, mientras Egipto no alcanzará más que a propiciar los movimientos antiasirios de los pequeños estados sirio-palestinos. Estos, por su parte, mantendrán una

precaria política autónoma hasta que Asiria transforme el modelo imperialista tradicional en un imperialismo territorial, que dará al traste con los modelos comerciales y diplomáticos característicos de la segunda mitad del II milenio.

Por fin, el pulso cultural sigue unos derroteros ajenos a la potencia política o al poderío militar. Egipto, desinteresado por la renovación, continúa repitiendo los modelos culturales heredados de su glorioso pasado. Asiria encuentra en el arte uno de sus instrumentos más eficaces de propaganda política, y su literatura —si bien no absolutamente original— pone de manifiesto la refinada cultura alcanzada por sus grupos dirigentes y los avances científicos del mundo mesopotámico. Sin embargo, las aportaciones culturales de los pequeños estados no les van a la zaga en el período posterior a la crisis del 1200: las formas de pensamiento en el mundo hebreo y la exportación de los modelos culturales entre los fenicios. Pero, sin duda, el resurgimiento del mundo helénico será el más fructífero en la creación de manifestaciones culturales. Pero todo esto forma parte de otro capítulo de la Historia que arranca de las transformaciones provocadas por la crisis del 1200.



Prisioneros de Ramsés III: libio, sirio, hitita, pueblo del mar
(Siglo XII a.C.)

Bibliografía

Alin, P.: Das Ende der mykenischen Fundstädten auf dem griechischen Festland *(St. in Medit. Arch. 1).* Lund, 1962.

Astour, M.C.: «New Evidence on the last Days of Ugarit», *AJA*, 69, 1965, 253-8.

Badre, L.: «Les Peuples de la Mer à Ibn Hani?», *Atti I Congr. Int. St. Fenici e Punici*, vol. I. Roma, 1983, 203 ss.

Barnett, R.D.: «The Sea Peoples», *CAH*, II, 2, 3ª ed. Cambridge, 1975.

Baumbach, L.: «An Examination of the Evidence for a State of Emergency at Pylos *c.* 1200 B.C. from the Linear B Tablets», *Res Mycenaeae. Akten des VII. Int. Myk. Coll. in Nürnberg. 1981.* Gotinga, 1983, 28-40.

Baurain, Cl.: «Chypre et la Méditerranée Orientale au Bronze Récent. Synthèse historique». *Ét. Chypr. VI.* París, 1984.

Betancourt, P.P.: «The End of the Greek Bronze Age», *Antiquity*, 50, 1976, 40-47.

Bittel, K.: «Das Ende des Hethiterreiches aufgrund archäologischer Zeugnisse», *Jahresbericht des Inst, Vorgesch. Frankfort*, 76, 1976, 36-56.

«Die archäologische Situation in Kleinasien um 1200 v. Chr. und während der nachfolgenden vier Jahrhunderte», *Griechenland, die Ägäis und die Levant während der Dark Ages. Vom 12. bis zum 9. Jhr. v. Chr.*. Viena, 1983, 25-64.

Blegen, C.W.: «Troy VI», *CAH*, II, 1, 3ª ed., 1973.

«Troy VII», *CAH*, II, 2, 3ª ed., 1975.

Bunnens, G.: «I Filistei e le invasioni dei Popoli del Mare». *Le originé dei Greci. Dori e mondo Egeo* (D. Musti, ed.). Bari, 1986, 227-228.

Carpenter, R.: *Discontinuity in Greek Civilization.* Cambridge, 1966.

Crossland, R.A.: «The Sea Peoples», *Proceedings of the Third Int. Coll. on Aegean Prehist., Sheffield, 1973.* Londres, 1974.

Crossland-Birchall: (eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean. Proceedings of the Third Int. Coll. on Aegean Prehistory.* Sheffield, 1973. Londres, 1974.

Chadwick, J.: *El enigma micénico.* Madrid, 1973.

El mundo micénico. Madrid, 1977.

Deger-Jalkotzy, S.: (Ed.), Griechenland, die Ägäis und die Levant während der «Dark Ages», vom 12. bis zum 9. Jh. v. Chr. Viena, 1983.

Desborough, V.R.d'A.: «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age». *CAH*, II, 2, 3ª ed., 1975.

The Greek Dark Ages. Londres, 1972.

The Last Mycenaeans and their Successors. Oxford, 1964.

Dikaios, P.: *Excavations at Enkomi (1948-1958).* Mainz, 1969.

Dothan, M.: «Ashdod at the End of the Late Bronze Age and the Beginning of the Iron Age», *Symp. Celebrating the 75th Anniversary of the ASOR (1900-1975)*, F.M. Cross. (ed.), *ASOR*, 1979, 125.

«Relations between Cyprus and the Philistine Coast in the Late Bronze Age (Tel Mor, Ashdod)», *Proc. I Int. Congr. Cyp. St*, I. Nicosia, 1972, 51 ss.

Dothan, M.-Perlman, I.-Asaro, F.: «An Introductory Study of Mycenaean III C 1 Ware from Tel Ashdod», *Archaeometry*, 13, 1971, 169 ss.

Dothan, T.: «Aspects of the Egyptian and Philistine presence in Canaan during the Late Bronze-Early Iron Ages», *The Land of Israel: Cross-roads of Civilizations* (E. Lipinski, ed.). Lovaina, 1985, 55-75.

«Some Aspects of the Appearance of the Sea Peoples and Philistines in Canaan», *Griechenland, die Ägäis und die Levant während der «Dark Ages»*. Viena, 1983, 99-120.

The Philistines and their material culture. N. Haven, 1982.

«The Philistines reconsidered», *Biblical Archaeology Today*. Jerusalén, 1985, 165-176.

Edgerton, W.F.-Wilson, J.A.: *Historical Records of Ramesses III.* Chicago, 1936.

French, E.: «A Reassessment of the Mycenaean Pottery at Tarsus», *AnSt*, 25, 1975, 53-75.

Furumark, A.: The Chronology of Mycenaean Pottery at Tarsus», *AnSt*, 25, 1975,

Garstang, J.: *Prehistoric Mersin.* Oxford, 1953.

Georgiev, V.J.: «Le disque de Phaestos. Essai de déchiffrement», *Coll. Myc. 6º Coll. Int.* Neuchâtel, 1979.

Goedicke, H.: *The Report of Wenamun.* Baltimore, 1975.

Güterbock, H.G.: «The Hittites and the Aegean World: 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered», *AJA*, 87, 1983, 133 ss.

Hankey, V.M.: «Pottery and People of the Mycenaean III C Period in tha Levant», *Archéologie au Lévant, Récueil R. Saidah.* Lyon, 1982, 161 ss.

Hoffner, H.A.: «The Millawata Letter Augmented and Reinterpreted», *28e Rencontre Assyriologique Internationale.* Viena, 1982.

Hölbl, G.: «Die historischen Aussagen der ägyptischen Seevölkerinschriften», *Griechenland, die Agäis und die Levant während der «Dark Ages», vom 12. bis zum 9. Jh. v. Chr.* Viena, 1983, 121 ss.

Lakovidis, Sp.: «The Chronology of LH III C», *AJA*, 83, 1979, 454 ss.

Karageorghis, V.: «Deux avant-postes militaires de la fin du XIIIe siècle av. J.-C. à Chypre», *CRAI*, 1982, 704-724.

Kition. Mycenaean and Phoenician Discoveries in Cyprus. Londres-N. York, 1976.

y **Demas, M.:** Pyla-Kokkinokremos. A Late 13th Century B.C. Fortified Settlement in Cyprus. Nicosia, 1984.

y **Muhly, J.D.:** (eds.), *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age.* Nicosia, 1984.

Kilian, K.: «Zum Ende der mykenischen Epoche in der Argolis», *JRGZM*, 27, 1982, 166-195.

Kimmig, W.: «Seevölkerbewegung und Urnenfelderkultur», *Studien aus Alteuropa I, BoJB*, 1o.1, 1964, 220-283.

Kitchen, K.: *Ramesside Inscriptions,* V. Oxford, 1972.

Lagarce, J.: «Ras Ibn Hani au Bronze Récent. Problèmes et Perspectives», *La Syrie au Bronze Récent. Extraits de la 37e Rencontre Assyr. Int.* Paris, 1982.

Lebrun, R.: «Considérations sur l'expansion occidentale de la civilisation hittite», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 11, 1980, 69-78.

Lehmann, G.A.: «Der Untergang des hethitischen Grossreiches und die neuen Texte aus Ugarit», *UF*, 2, 1970, 39-73.

«Die "Seevölker" —Herrschaften an der Levant-Küste», *Jahresbericht des Instit. f. Vorgeschichte der Uni. Frankfurt a. M.*, 76, 1976, 78-111.

Mazar, B.: «The Philistines and the Rise of Israel and Tyre», *The Isr. Acad. of Sc. and Hum., Proceedings*, 1.7, 1964, 1 ss.

Mellaart, J.: «The Political Geography of Western Anatolia during the Late Bronze Age —Who Lived Where?», *28e Rencontre Assyr. Int.* Viena, 1978, 372 ss.

Mellink, M.J.: «The Hittites and the Aegean World: 2. Archaeological Comments on Ahhiyawa-Achaians in Western Anatolia», *AJA*, 87, 1983, 138 ss.

De Meyer, L.: «Il vicino Oriente dalla battaglia di Qadesh alle invasioni dei Popoli

del Mare», *Le origini dei Greci. Dori e mondo Egeo* (D. Musti, ed.). Bari, 1986, 219 ss.

Montenegro, A.: *Historia de España. Edad Antigua* I. Madrid, 1972.

Mühlestein, H.: *Die oka-Tafeln von Pylos,* 1956.

Muhly, J.D.: «The Role of the Sea Peoples in Cyprus during the LC III Period», *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age.* Nicosia, 1984, 39-55.

Mylonas, G.E.: *Mycenae and the Mycenaean Age.* Princeton, 1966.

Neve, P.: «Die Ausgrabungen in Bogazköy, Hattusa», *AA,* 1983, 432-454 y 1984, 332-381.

Nibbi, A.: *The Sea Peoples and Egypt,* Park Ridge, 1975.

Nylander, C.: «The Fall of Troy», *Antiquity,* 36, 1963, 6-11.

Podzuweit, Chr.: «Bericht zur spätmykenischen Keramik. Ausgrabungen in Tyrins 1981», *AA,* 1983, 359-402.

Pritchard, J.B.: *La sabiduría del Antiguo Oriente.* Barcelona, 1966.

Riis, P.: «La ville phénicienne de Soukas de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine», *Atti I Congr. Int. St. Fenici e Punici,* vol. II. Roma, 1983, 509 ss.

«L'activité de la mission archéologique Danoise sur la côte Phénicienne», *Ann. Arch. de Syrie,* 8-9, 1954-9 y 10, 1960.

Hama, III. 3. «Les cimetières à crémation», Copenhague, 1948.

Rutter, J.: «Late Helladic III C Pottery and some Historical Implications», *Symp. on the Dark Ages in Greece* (E.N. Davies, ed.). N. York, 1977, 1-20.

Saadé, G.: *Ougarit, metropole cananéenne.* Beirut, 1979.

Sandars, N.K.: «North and South at the End of the Mycenaean Age: Aspects of an Old Problem», *Oxf. Journ. Arch.,* 2, 1983, 43 ss.

The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean. Londres, 1978.

Schachermeyr, F.: *Die ägäische Frühzeit.* 4: *Griechenland im Zeitalter der Wanderungen von Ende der mykenischen Arabies auf die Dorier.* Viena, 1980; 5: *Die Levant im Zeitalter der Wanderungen vom 13. bis zum 11. Jh. v. Chr.* Viena, 1982.

Schaefer, C.F.A.: *(ed.), Ugaritica* I-XVII. París, 1939-69.

Schulten, A.: *Tartessos.* Madrid, 1971.

Singer, I.: «Western Anatolia in the thirteenth Century B.C. According to the Hittite Sources», *AnSt,* 33, 1983, 205-217.

Strange, J.: *Caphtor/Keftiu. A new Investigation.* Leiden, 1980.

Strobel, A.: *Der spätbronzezeitliche Seevölkersturm.* Berlín, 1976.

Stubbings, F.H.: «The Recession of Mycenaean Civilization», *CAH,* II, 2, 3ª ed., 1975.

Tegyey, I.: «Messenia and the Catastrophe at the End of the Late Helladic IIIB», *Bronze Age Migrations in the Aegean* (Crossland-Birchall, eds.). Londres, 1974, 227-232.

Trigger, B.G.: *Beyond History.* Nueva York, 1968.

Vagnetti, L.: «Quindici anni di studi e ricerche sulle relazioni tra il mondo egeo e l'Italia protostorica», *Magna Grecia e Mondo miceneo.* Tarento, 1982, 9-40.

Vandersleyen, C.: «Le dossier égytien des Philistins», *The Land of Israel: Cross-roads of Civilizations* (E. Lipiński, ed.). Lovaina, 1985.

Wachsmann, S.: «The Ships of the Sea Peoples», *IJNA,* 10, 1981, 187-220 y 11, 1982, 297-304.

Waldbaum, J.C.: *From Bronze to Iron.* Göteborg, 1978.

Weickert, C.: «Die ausgrabung beim Athena-Tempel in Milet», *Ist. Mitt.,* 9-10, 1959-60.

Woolley, C.L.: *Alalakh. An Account of the Excavations at Tell Atchana in the Hatay, 1937-1949.* Oxford, 1955.

y **Barnett, R.D.:** *Carchemish.* III. Londres, 1952.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.